

LA SENDA DEL ZAHORÍ



EDMUNDO PÉREZ FERNÁNDEZ

Autor: Edmundo Pérez Fernández

Primera edición: Diciembre de 2008

Edita: Asturservicios La Productora S.Coop.

Plaza de La Soledad 9 y 10, Bajo

33201 Gijón

Tel: 985170801 Fax: 985170369

ediciones@laproductora.com | www.laproductora.com

Diseño y maquetación: D.P.S. S.L.

Impresión: Gráficas Apel S.L.

Depósito Legal: AS- /2008

ISBN: 978-84-922632-9-5

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier formato o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, reprográfico, por grabación o cualesquiera otros, sin autorización previa por parte del editor de la obra.

A Luis Sepúlveda, amigo, compañero y maestro

PRELUDIO

Sobre la colcha barata del hotel, Enrique repasaba los acontecimientos de los últimos días, en que todo se había precipitado: huido, alojado en un hotel desconocido en las afueras de una ciudad extraña junto a un policía con bigote y algo de sobrepeso.

Se levantó. Sacó un refresco de la nevera de su habitación. Encendió el televisor, cambió de canal varias veces y volvió a apagarlo, aburrido. “Nada de e-mails, nada de teléfono móvil”, le habían dicho. Pensó en escribir. Al menos mataría el rato contándose a sí mismo la historia de aquellos meses, tan desconcertantes como apasionados, pero tampoco se decidió a hacerlo.

¿Cómo había empezado todo? Fue cuando la curiosidad, esa cualidad tan humana, hizo presa en él; fue cuando quiso conocer algo de sus orígenes, del pueblo en que, presuntamente, había nacido su madre. Entonces, la madeja de los pequeños descubrimientos fue enredándose poco a poco: las sencillas y terribles narraciones, la memoria, los recuerdos de las personas, los nombres arrancados al olvido se entrelazaron componiendo un mosaico en el que una cosa llevaba a la otra, sacando a la luz el pasado hasta aquel punto increíble al que había llegado. Quiso explicarse cómo unos sucesos acaecidos sesenta años atrás pudieron dar lugar a una trama de la envergadura de aquélla en la que estaban insertos y cómo se vio arrastrado a la aventura vital de recuperar su pasado y su memoria, que transformó su presente y dejó marcado y orientado de forma indeleble su futuro...

Al igual que tantas veces en los viajes desde su infancia, asomado a la ventana del hotel disfrutó de un momento de paz. Se dejó invadir por un aluvión de sensaciones, de rostros, de paisajes, de emociones y hasta de aromas, conocidos durante su peripecia de los últimos meses y ahora evocados con cierta nostalgia. La Tierra continuaba girando en torno a su eje —esto parecía innegable— pero, para él, el transcurrir de los días ya nunca sería igual, como si se hubiesen alterado las milenarias composiciones geométricas de las constelaciones en el firmamento o un antiguo sortilegio hubiera trastocado los cimientos sobre los que se asentaba el mismo suelo que tenía bajo sus pies. ¿Podía oír la música de las esferas celestes al girar? No, qué va. Eso era para los filósofos. Él no oye nada. Lo que le apetece es ir a la habitación de al lado, donde está ella. Pero le ha dicho que no, que le da vergüenza, que delante del policía y de Sánchez-Pedrosa no quiere, que cada uno en su habitación. En fin, así es ella. Siempre sorprendente.

Respiró el frío aire nocturno. Contempló las luces cercanas y lejanas que configuraban la vida inconsciente de la urbe dormida. Sentía nostalgia cuando el silencio se poblaba de

ecos con las risas o el griterío de unos estudiantes trasnochadores que apuraban las últimas fuerzas antes de retirarse. El ruido de algún coche al circular a aquellas horas llegaba solitario, identificable, individual, no formando parte del rumor cerrado habitual del tráfico diurno. Estaba empezando a llover y las gotas de agua añadían un algo de melancolía a la estampa. Pero, por más sugestivos que resultasen el paisaje y los sonidos; por más recuerdos de viajes entrañables, de amigos, de noches inolvidables que atrajesen, el peligro —o lo que fuese— persistía y no podía estar totalmente seguro de salir con bien de todo aquello. Se lo recordaba con una punzante materialidad el inspector de policía con bigote y algo de sobrepeso que dormía en la cama contigua a la suya y estaba ahora empezando a roncar.

PARTE PRIMERA

El Ayer

Capítulo 1

I

Gracilla, 1935

Con cierta dosis de humor podría decirse que Gracilla, la ciudad más importante e industrial de El Montejo, recibía tal nombre por ser la gratia plena, la llena de gracia, la perla entre las poblaciones de su comarca, ¡de la provincia entera! Pero la realidad es que por Gracilla, sencillamente, pasaban la vida y el tiempo sin producir fruto perdurable, dando a luz cada día una existencia atrapada entre su realidad de pueblón rural y su vocación urbana; entre su pasado agrícola y su futuro industrial, con muchas más ínfulas y oropeles que valía auténtica.

En Gracilla había familias prósperas, de una burguesía hecha a sí misma, viajera, con pretensiones cosmopolitas y amante de las diversiones. Había también obreros. Una primera generación de obreros, hijos del campesinado. Una primera generación de proletarios, asalariados de la burguesía propietaria de las fábricas y las minas que se desarrollaban febrilmente en Gracilla. Había también jornaleros, agricultores sin tierra ni esperanza de tenerla que, concluida la época de las labores del campo, se contrataban a veces como temporeros en la fábrica de azúcar, en la maderera, o donde les ofrecieran tres o cuatro pesetas para sobrevivir. Había, por supuesto, grandes terratenientes. Pero muchos de ellos empezaban a invertir también en la industria y se consideraban a sí mismos hombres de negocios. Unos negocios de los que hablaban con deleite, menguado el apego a la tierra y a sus orígenes, que les parecían menos distinguidos y modernos y que eran menos frecuentes en sus conversaciones. Además, pocos se resistían a la tentación de abandonar Gracilla —la perla, la agraciada— para residir gran parte del año en Madrid.

La ciudad había crecido a orillas del Matajón y al sur de las propiedades del conde del Espinar, que ocupaban todo el norte de El Montejo. La Barriada, por su parte, se alzaba separada de Gracilla. Era un asentamiento obrero constituido por un grupo de casas de adobe, pobres y de planta baja, pero cómodas y dignas, levantadas por sus propios moradores cerca de las fábricas en que estaban empleados. Saturnino Arnedo había cedido los terrenos y la mayoría de los habitantes trabajaba para él, cabeza de la familia propietaria de las industrias del azúcar y la harina, las más importantes de Gracilla.

Los de La Barriada habían ido llegando de todo El Montejo e incluso de las comarcas limítrofes, huyendo del hambre secular de los jornaleros, durante la última década, a medida que las fábricas iban reclamando mano de obra.

A los habitantes de La Barriada los llamaban, a veces, “los deshollinadores”. Ni siquiera el viento era amigo de los pobres. La mayor parte del año, soplaban desde Gracilla hacia La Barriada. Desde siempre, los barrios proletarios se situaban a sotavento y La Barriada no era una excepción, de forma que todo el hollín producido en Gracilla por

las calefacciones y las cocinas de carbón era arrastrado hacia allí apenas salía de las chimeneas e iba a posarse sobre la ropa, tendida en los patios comunes de las casas obreras, de modo que nunca quedaba limpia, sino tiznada, cubierta de pequeñas manchitas negras, origen del mote que se había impuesto entre la gente bien de Gracilla para referirse a los de La Barriada.

Buhoneros cargados con baratijas, abalorios, ungüentos y toda suerte de bujería de estaño o hierro, de poco precio y ningún valor, llegaban cada primavera al pueblo tratando de vender o cambiar su mercancía y levantaban sus puestos convirtiendo una llanura yerma de las afueras en mercado lleno de vida, rebosante de color, de conversaciones y regateos, recorrido por todos, quisieran o no comprar, para no perderse la novedad, que rompía el monótono devenir de los días entre la casa y la fábrica o los campos.

II

En la Casa del Pueblo de Gracilla, todavía se recordaba a los tres hombres, Demetrio, Alfonso y Luis, trabajadores de una fábrica textil que cuarenta años atrás, a finales del siglo XIX, conmocionados por el desastre de Plaza Fuentes, habían marchado a pie hasta Madrid para encontrarse con un tal Pablo Iglesias que, recién llegado de París, de una reunión de la Internacional Socialista, les habló largamente del sufrimiento de la clase obrera en toda Europa, les animó en su lucha, con la que se manifestó solidario y prometió todo su apoyo, el de su partido, el PSOE, y el de la Unión General de Trabajadores, para poner en marcha en Gracilla una agrupación de los mismos sin tardanza. Demetrio, Alfonso y Luis volvieron a Gracilla, crearon la agrupación y mantuvieron, hasta la muerte del fundador, una fecunda relación epistolar, cuyo fruto, docenas de cartas escritas en la aguda caligrafía de don Pablo —el Abuelo, como solían llamarle quienes le querían—, se guardaba en la Casa del Pueblo de Gracilla como su mayor tesoro.

El desastre de Plaza Fuentes —una pequeña plazoleta en las afueras de Gracilla, en la zona que ocupaban los trabajadores, años antes de que empezase a surgir La Barriada— había realmente desatado un clamor ronco, profundo en las almas de los gracillenses. Sólo la intervención de la Guardia Civil, que casi tomó el pueblo, y la visión de las parejas paseando por las calles con el fusil al hombro y el tricornio reluciente habían aplacado notablemente los ánimos. La historia era la de una familia, padre, madre y cuatro hijos que se suicidaron en su modesta casa de Plaza Fuentes para escapar de la miseria. Ya dos hijos, niño y niña, los más pequeños, habían muerto de hambre. Era imposible para un hombre sin tierras, sin más posesión que sus brazos, ganar un jornal en aquellos días que permitiera pagar la habitación en que vivían apiñados todos ellos y alimentarse. Había días en que tras el desayuno, consistente en un poco de agua caliente, sólo comían en todo el día unas mondas de patata. La enfermedad se cebó en aquellos cuerpos débiles y sin defensa. La mujer contrajo la tisis; un hijo, enfermo de bocio desde muy pequeño, empezó a tener síntomas de escorbuto. Todo se desmoronaba, el hombre cayó en la desesperación y perdió el empleo.

Encontraron a toda la familia muerta. Estaban sentados en torno a la mesa. Al parecer se habían ido pasando un cuenco del que todos habían bebido. Contenía agua con matorras. La muerte no tardó en llegarles.

El cura se negó a enterrarlos en el Camposanto, pues eran suicidas, se habían rebelado contra la Ley Santa de Dios, cometiendo un abominable crimen, muy lejos de la voluntad divina que, ante los sufrimientos de la vida, prescribía resignación: “mansos como el Inocente Cordero, degollado por nuestros pecados”. Muchos obreros, vecinos de Plaza Fuentes, dejaron entonces de acudir a la Misa dominical.

III

La iglesia de Gracilla estaba consagrada a Santa Rita, patrona de la localidad, a la que los gracillenses pedían todo tipo de favores. Exvotos de cera casi cubrían una de las paredes del templo, como extravagante y mudo —pero elocuente— testimonio de una curación, de un milagro. Brazos y piernas de cera; figuritas de bebés, seguramente salvados por intercesión de la santa; muletas de palo, inútiles ya, tras la recuperación del enfermo, contribuían a dar al templo un toque extraño, casi de santería, de milagrerismo pagano e, indudablemente, de mal gusto.

Los gracillenses de acendrada fe no descuidaban la misa diaria y matutina en la parroquia de santa Rita. Se desplegaban ante el retablo dorado y conmovedor todas las virtudes de los feligreses: rosarios de nácar, misales de piel, abanicos enjovados, velos y mantillas de primorosa hechura. Don Serafín oficiaba con maestría y pulcro latín, luciéndose ante los parroquianos, que, desde sus reclinatorios, —los ojos humedecidos por el humo de los velones— sabían apreciar con paladar de gourmet su cumplimiento de rúbricas litúrgicas; sus evoluciones gráciles por el presbiterio; su entonación del gregoriano, siempre afinada; su elegancia sobria con el incensario.

Era fija en la celebración Balbina, comesantos con aureola de mística.

—Tiene aplicados por las benditas ánimas del Purgatorio los méritos de todas sus buenas obras —aseveraba una beata.

—Un acto heroico de caridad —opinaba el párroco.

Siendo tantas sus acciones meritorias, no cabía más que imaginar una multitud de almas precipitándose en tropel —gracias a su intercesión— hacia el banquete del Reino ante los ojos de un asombrado san Pedro, que intentaría poner orden llave en mano.

Era tal su devoción —o eso se aseguraba— que cuando iba a la capital Balbina asistía cada día a tres misas en la Santa Iglesia Catedral: “una para disponerse convenientemente; otra, para recibir la Santa Comunión; una tercera, en fin, para hacer la Acción de Gracias”.

Contaba con un grupo de incondicionales que propagaban sobre ella los más variados rumores: que si solía introducirse alfileres entre la uña y la carne, por penitencia; que si el confesor la tenía por santa y sólo le pedía prudencia en sus mortificaciones: “la salud, Balbina, la salud”; que si cuando era lactante no mamaba los viernes en honor de la Pasión de Cristo...

—Lo único empíricamente probado es que todas huelen a cera —escandalizaba en el Casino un jocosos volteriano.

—¡Liberalote!, ¡liberalote!

—No, si serás masón —le reían la gracia fingiendo aturdimiento.

Tras la función salían los feligreses a los soportales donde disfrutaban con sus conversaciones piadosas y bienintencionadas. Los íntimos se agrupaban en corrillos para ir juntos a romper el obligado ayuno. Saturnino y su mujer, Cloti, confortado el espíritu, solían optar por volverse al hogar para confortar el cuerpo, pero tampoco desdeñaban hacer antes parada en casa amiga si se les sugería que podría haber convite: café con porras, bizcochos de soletilla, mantecadas, chocolate, vasito de marrasquino. “Adiós, Balbina”. “Hasta mañana, doña Cloti”.

IV

Pertenecía Estrella a una saga de mujeres hermosísimas. Su belleza no llamaba la atención sólo en La Barriada, sino en toda Gracilla, e incluso fuera de los límites de la localidad. Era una belleza inusual e inesperada en una zona de mujeres que, a base de sufrimiento, penurias, hambre, trabajo, sol abrasador y fríos insoportables, nacían ya con una pesada herencia que les ajaba el rostro y marchitaba prematuramente la piel y la mirada.

Pero en la familia de Estrella no era así. Piel con tersura de infancia, suavidad de melocotón, blancura nívea que sólo, y levemente, se tostaba algo al tiempo de secarse los trigos. Ojos con brillo de inocencia que no se apagaban en la madurez. Figura y porte desconocidos por quienes nunca salían de El Montejo si no era por cañadas de pastor, acompañando en la trashumancia a sus ovejas, o con los pies por delante, para irse al otro mundo. Y, naturalmente, alguna explicación tenían que encontrar los montejanos para tan feliz —y envidiada— excepción. El apodo que desde siempre habían tenido los de la familia daba cuenta de ello: los Bastardillos.

El Coto del Espinar ocupaba toda la zona norte de El Montejo. Rico en codornices, perdices, conejos y liebres, había sido lugar de recreo para el conde del Espinar desde que le fuera concedido ese título nobiliario junto a la propiedad del Coto, mediante Real Cédula, a la familia Medrano por su fiel colaboración en todas las locuras europeas de Felipe V. Era una nobleza menor, pero muy bien relacionada y, en los últimos tiempos de la monarquía, situada en la corte madrileña muy cerca de la familia Real.

Como es fácil de adivinar, los montejanos atribuían la belleza de las Bastardillas a diferentes deslices de los sucesivos condes, primos, parientes y cortesanos acompañantes durante las aventuras cinegéticas que, además de esquilmar la población de potenciales presas de pelo y pluma en el coto, sembraban de sangre nueva, y noble para más señas, los vientres preñadizos de las elegidas.

Seguramente, nada de esto era cierto, la sobresaliente belleza de Estrella resultaba de un feliz acierto de la genética, y el apodo familiar de los Bastardillos no era más que fruto de la envidia montejana.

Era la de Estrella una casa de una sola planta, construida con adobes. Las paredes tenían dos pequeñas ventanas, una en cada uno de los huecos de que constaba la casa, pero insuficientes para iluminarla y, en el invierno, después de comer, tenían que encender el candil para acompañar cualquier labor que demandara utilizar la vista con alguna precisión.

El suelo era de tierra, la tierra sobre la que se había levantado la casa, y se helaba en invierno. Las dos mujeres pisaban sobre unas esteras de paja que Estrella trenzaba y tenía que cambiar periódicamente, a medida que se desgastaban.

La puerta conducía directamente desde la calle a la estancia principal, una reducida pieza que servía de cocina, comedor y sala de estar. A la derecha, el hogar en el que se encendía el fuego para cocinar y calentarse. La leña se colocaba en el suelo y sobre ella pendía un puchero, suspendido del techo mediante una cadena. En las paredes, cerca del fuego, colgaban los escasos útiles de cocina que poseían las dos pobres mujeres.

A la izquierda, un escaño de madera con una tabla abatible, a modo de mesa, que la madre de Estrella había heredado de la suya y que ésta, a su vez, había recibido como único legado de la generación precedente. Había sido construido a partir de leños robados en el Coto, propiedad —como todos los árboles de la comarca— de los sucesivos condes del Espinar desde los tiempos de Felipe V. Ése era el origen de casi todos los muebles y utensilios de madera que había en La Barriada. Nadie se atrevía a talar un árbol, pero sí a arrancar pedazos de los tocones o a recoger troncos pequeños abandonados por los hombres del conde cuando cargaban la madera para llevarla a la serrería.

Estrella recordaba vagamente cómo en el escaño se sentaban, en los buenos tiempos, su padre, Efrén, y su tío Alberto, hermano de su madre, que tantas veces les acompañaba. Allí comían mientras su madre les servía. Después comían ellas. También contaban historias, por la noche, después de cenar —si había habido algo para cenar— mientras se consumían las brasas del hogar. Muchas estaban dirigidas a Estrella y se referían a anécdotas del pasado: cuando dos hombres habían muerto al derrumbarse sobre ellos un muro que estaban levantando cerca de allí; el empuje de Balbino y Concha, parientes lejanos, de los Bastardillos, como ellos, capaces de construirse una casa de piedra, de las pocas que había en La Barriada, acarreándolas una a una desde el río. Algunas eran muy graciosas y todos acababan riéndose cada vez que salían a colación: cuando un toro había

sorprendido al tío Alberto cogiendo higos en el soto y al huir se rasgó los pantalones, que acabó perdiendo en la carrera, para, al final, entrar en el pueblo sólo con los calzones, ante la hilaridad general, pero con los higos bien sujetos entre los brazos. “Estaría de ver la escena”, solían decir entre risas. Muchas historias se situaban durante los años de servicio militar. Ninguno de los dos hombres había tenido un espíritu castrense de primer orden y sus aventuras terminaban, indefectiblemente, en el calabozo, como aquella vez que Efrén, harto de maniobras en aquel duro destino del norte de África, relleno el cañón de varias piezas de artillería con arena. Estuvo a punto de ser fusilado.

Cuando la muerte se los fue llevando, primero a su padre —ella tenía cinco años—, después a su tío, dejó de ser necesario comer por turno y madre e hija se sentaban solas —solas, como hacían todo lo demás; solas, como soportaban la vida— a comer.

Ahora, con su madre cada vez más impedida y con menos ganas de vivir y de abandonar el lecho, solía ser la única ocupante del banco, después de haber llevado algo —poca cosa, su madre cada vez tenía, también, menos apetito— a la habitación contigua. Un hueco en la pared comunicaba aquella estancia con otra, pequeña y oscura, separada de la primera por una cortina hecha de retazos: era el dormitorio que compartían las dos mujeres. No tenían un armario porque no lo necesitaban: no había nada que guardar en él. Total, cuatro cosas compradas al ropavejero y mil veces remendadas. El único mueble, una cama —alta, muy alta para tratar de evitar la humedad que trepaba desde el suelo— de la que se subía y bajaba con dificultad, construida en la misma época que el escaño.

Las dos mujeres dormían juntas. Así pretendían burlar el frío del invierno que se filtraba por cualquier rendija, por la puerta mal escuadrada, por las ventanas sin cristales, sólo condenadas con unas contraventanas de madera, llenas de resquicios, que oponían una resistencia más bien testimonial a la helada. Estrella era consciente de que las carnes de su madre, magras y desprotegidas, no eran ya capaces de mantenerla caliente y dormía, por eso, muy pegada a ella, compartiendo el calor del que la chica, por su juventud, disfrutaba en abundancia. El colchón, relleno de paja, que se renovaba cada año, no colaboraba mucho en la tarea, muy lejos de cumplirla con la misma eficiencia que los de lana con los que Estrella soñaba en las noches más duras, cuando el agua atesorada por las mujeres en la sala aneja a su dormitorio, se congelaba en el cubo con que tan dificultosamente la traían desde el lejano alcorque comunal.

El techo resistía bien y no solía tener goteras más de tres o cuatro veces al año. Cuando el agua vencía la resistencia de la techumbre, corrían a colocar por el suelo, bajo los goterones, algunos vasos y platos de los escasos que poseían y que guardaban habitualmente tapados con el paño sobre una piedra plana, cerca del hogar.

Hacia años, en esas ocasiones no tardaba en acudir algún vecino a preguntar si necesitaban ayuda, ofreciéndose a subir al tejado para poner coto a la osadía de la lluvia que, en su descaro, así se atrevía a invadir la casa de aquellas mujeres, como las demás de La Barriada, con la misma despreocupación con la que respetaba las casas principales de

Gracilla, ajenas a los temporales. Pero, desde lo de Estrella con Saturnino, era raro que les hablasen, más aún que se ofrecieran para algún servicio. La propia Estrella tenía que subir al tejado o Saturnino mandaba a alguien que lo hiciera.

V

Gerardo Cantero había sido hombre impetuoso y aventurero que muy joven decidió buscar nuevos paisajes, nuevas tierras. Le pareció que los encontraría en medio de las selvas tropicales de las Filipinas. Siempre contaba interesantes aventuras —al menos, a él se le parecían— de su paso por la Guardia de Colonias. Algunas veces aún sentía nostalgia del uniforme azul con su sombrero de ala ancha, del fusil engrasado, a punto, de aquella sensación de permanente peligro. Hasta de la insoportable humedad en la época de los monzones. Alto y delgado, con su cuidado bigote, causaba impresión cuando paseaba por Manila. “Las jóvenes se volvían para mirarme”, presumía socarrón.

Una de sus narraciones favoritas era aquella, adornada con el transcurrir del tiempo, en la que de milagro había salvado la vida cuando un hombre, que se ofreció para cruzarle en su barca hasta la otra orilla del Pulangi, en la isla de Mindanao, resultó ser un bandido que, confundiéndole con un comerciante, intentó matarle para hacerse con su bolsa y arrojarle después al agua. No eran extraños por entonces aquellos robos brutales que acababan en muerte y Gerardo Cantero tuvo que demostrar todo su temple para detener con un brazo el primer golpe de machete —más grande cada vez que repetía la historia, a punto de convertirse en epopeya— y golpear al asaltante con algo que cogió del fondo de la embarcación.

Liberal, había confraternizado con algunos miembros de las logias masónicas que florecieron en Filipinas en la próspera época de la década de los sesenta del siglo XIX. Volvió a España tras una mala herida de bala en la cadera —cuando tuvo que hacer frente a la insurrección del Arsenal de Cavite, en 1872— cuya consecuencia fue una moderada cojera que le acompañó el resto de su vida.

Esa leve invalidez le impidió ejercer un gran número de oficios para los que hubiera tenido sobradas condiciones. Se casó con Elisa, sirvienta en una casa respetable que consiguió introducirle como guarda en la finca de los señores. Allí nacieron primero Eladio y luego Flora.

Crecieron ambos en las dependencias del servicio, sin comprender del todo cuál era su sitio en aquella casa, en la que vivían, pero con estancias que les estaban vedadas; en la que había niños con los que no podían jugar, a los que tenían que tratar de “señorito”, y conformarse con algún juguete viejo que heredaban de ellos. Muy pronto la situación empezó a ser sentida como humillación, sin que el “*ca uno tiene su lugar*” con el que su madre respondía sus preguntas fuese suficiente. No es de extrañar que los sueños emancipatorios llevaran a Eladio a pedir el ingreso en el Partido Socialista en cuanto se fundó la agrupación de Gracilla.

Su mayor afición era escuchar una radio de galena que él mismo se había construido con piezas compradas a los buhoneros que cada año recalaban en la ciudad; después, mantenía con ellos largas sesiones de negociación y regateo cada vez que necesitaba un recambio. Valses de Strauss, coplas y boleros, matizados siempre por el crujido hostil de las interferencias, le servían de entretenimiento. Las noticias, corría a contarlas a sus compañeros en la Casa del Pueblo. Se enorgullecía de ser portavoz de las nuevas. Así pasaba los días el sexagenario Eladio, mientras cultivaba algunas hortalizas en diminutos arriates clandestinos, a la vera de un camino o en las lindes entre dos fincas.

VI

José de Campos, a la sazón un anciano de setenta años, había sido tipógrafo. Trabajó toda la vida, con gran arte y habilidad en su oficio, para la imprenta que editaba El Montejano, el periódico de la comarca, donde le admiraban los aprendices que normalmente dejaban a su cargo con un doble motivo: que se formaran a su lado, pues era hombre paciente y didáctico, que disfrutaba transmitiendo sus saberes; y que estuviera ocupado y entretenido, para quitarle tiempo a sus aficiones y veleidades sindicalistas.

El principal accionista del diario era el conde del Espinar que quería un periódico a la medida de sus luces: monárquico y reaccionario. Es fácil entender que José nunca hubiese ascendido en tal ambiente hasta la altura que su buen hacer profesional podría haberle deparado. Miembro de la Asociación General del Arte de Imprimir desde que empezó, con trece años, a trabajar de aprendiz, tampoco había sido nunca represaliado, pues resultaba inofensivo desde su soledad en una época en que el virus socialista tardaría aún décadas en arraigar en El Montejo. Sus actos subversivos no llegaban más allá de deslizar alguna errata en los titulares que se referían a la familia real o a los políticos conservadores. Su hijo Manolo recordará siempre su infancia con olor a tinta y la stampa de su padre con manguitos negros.

María, su esposa, había tenido ya dos abortos y un bebé que murió a las pocas horas de nacer. Los partos sin atención médica y las duras condiciones de vida habían debilitado aún más a la que nunca fue demasiado fuerte. El último aliento de María coincidió con el primero de Manuel. Nació el hijo, moría la madre. “Caro pagamos los pobres las alegrías, siempre con una pena aún mayor”, dijo José cuando las vecinas, parteras por necesidad, le dieron, al tiempo que le ponían en brazos al pequeño, noticia de su viudedad.

Su hijo Manuel fue, desde entonces, una de las alegrías permanentes en su vida. En él deseaba proyectar todo lo que no había sido. Quiso mandarlo siempre a la escuela, aficionarlo a la lectura, darle todas las oportunidades que estuviesen en su mano. La obsesión de José era hacer de él “el mejor hombre que sea posible formar”.

Juntó el padre una mediana biblioteca haciendo algunos trabajos esporádicos para una casa editora de la capital, que le pagaba en libros. Así creció el joven Manuel —Manolo,

para todos—: en penuria económica, pero en moderada riqueza cultural, desarrollando sus talentos en aquel ambiente favorable, difícil de encontrar en otros hogares humildes de El Montejo.

Manolo se hizo un hombre, un obrero. Se casó y tuvo una hija. Recibió de su padre la noticia:

—Hijo mío, la historia se repite. Toma a tu hija. Con ella te doy la alegría y el dolor que yo recibí el día que naciste tú. Tu mujer, nuestra querida Mercedes, ha muerto en el parto. Esta vez, ni el médico ha podido evitarlo.

Al bebé le pusieron Natividad, aunque todos los nacimientos habían sido así de tristes en la familia Campos, y los dos hombres se dispusieron a criarla solos, pero llenos de amor y de ilusión. El abuelo José, ayudado en ocasiones por Flora y por otras vecinas, se hizo cargo de los largos momentos en que el padre, trabajador y militante, —secretario general de la Agrupación Socialista de Gracilla— no podía dedicarle. Flora le regaló una sabanita en la que ella misma había bordado el nombre del bebé: Natividad.

VII

El hogar de los Arnedo

Saturnino

Arriba. Sí, hombre, arriba ¡Ay! La espalda ésta. Cada vez me cuesta más levantarme de la butaca. Si sólo tengo cuarenta y seis. Qué va a ser de mí cuando cumpla sesenta. ¿Dónde he puesto las gafas? No, éstas no. Ah, ahí. Revisar facturas, revisar facturas. Ahora mismo me pongo. Hay que puntearlo todo. Ayer... Otro error... No sé para qué pago a un contable. A una legión de contables. Lo que no hago yo, queda sin hacer. O se hace mal, que es peor. Cuando yo falte, se desmorona todo. ¿Quién va a...? Bueno, para eso se tienen hijos ¿no? Para eso se casa la gente ¿no? Para formar una familia y tener hijos ¿no? Si me tengo que morir, que las fábricas pervivan... Para eso son los hijos. ¿A dónde iba yo? ¡Ah!, abajo, a ver qué preparan. Tengo el estómago como siempre. Es un desastre. ¿Cuántos días hace que no cago? Como siempre. Como toda la vida. La comida entra, entra, entra... Queda retenida, taponada. Es un sufrimiento. ¿Dónde se mete? Ojalá el dinero fuese igual. Entrar, entrar, entrar, nunca salir. No estaría mal. No; pero para el dinero, como si todos anduviesen con flojera. ¡Sin control! ¡Sale como si no tuviesen esfínteres para retenerlo! ¿Eso que suena es Mozart? ¿Habrá puesto a Mozart a estas horas? Es su gramófono. No sé cómo puede tener todo el día la música en su salón mientras... ¿Cómo se concentra? Yo sería incapaz. Estos cuadros están torcidos. En qué estarás pensando, Cloti. ¡En Mozart! Últimamente, la casa está manga por hombro. Si traigo a alguien a casa pensará que Cloti no tiene cabeza... o que la tiene en otras cosas. Y para eso es el matrimonio ¿no? Para tener un hogar en condiciones, un hogar respetable ¿no?

Nadie hace negocios contigo si no tienes un hogar respetable. Es hora de tener una conversación con ella. Hay algunos puntos que poner sobre las íes.

Cloti

Ah, Schubert. Qué delicado. Impulsa mi espíritu, lo eleva. Es belleza en estado puro. Algunas, cuando les hablo de Schubert se quedan atontadas. Me sitúa, no sé, por encima. Las que me entienden... ésas son las que merecen la pena. Las otras, pobrecitas, no saben apreciar. Bueno, bastante tienen con ser como son. Ni Balbina, que a ésa la sacas del Agnus Dei y no tiene conversación. ¡Le falta mundo! Elegancia, distinción..., sí, éstas sí... Obdulia y cuatro más. Las otras... En fin, cuando una quiere expansionar su espíritu tiene que saber de quién se rodea. ¡Ay, Satur! tendrás que ayudarme a hacer limpieza en nuestro círculo. Ramón Costa y Loli, por ejemplo. Tienen que comprenderlo. Nuestras miras ya son otras. No pueden pretender... ¡Vaya! ¿Voy a sentarlos a la mesa con el del Banco...? —ese que bizquea, ¿cómo se llama?, ¡ay!, no me acuerdo, cómo estoy— ¿Voy a sentarlos juntos por mucho que Loli y yo hayamos ido al mismo colegio? ¡De qué hablarían! Son de mundos distintos: al lado de los otros, unos sinsustancia. Hubo un tiempo que... Pero tienen que comprender que las cosas cambian. Sí, cambian. Nuestras miras ya son otras. Tengo que hablar seriamente con Saturnino. Si tanta fábrica y tanto Consejo de Administración no valen para hacernos un lugar en Gracilla, no sé para qué valen. ¿Dónde está el dedal? Ah, aquí. El dinero está bien, pero es vulgar. No justifica una vida. Sí, tengo que hablar con él. Lo de la puesta de largo de la niña, ahí se verá todo. Ahí se verá todo: durante años, nos medirán por eso. Seremos lo que logremos ese día. ¡Vaya!, una falta. Estoy cansada de este bordado. Si no me apuro, dará a luz antes de que se lo termine. Ese día nos juzgarán. Aún falta, pero... todo previsto, hay que tenerlo todo previsto. Los nombres ¡y no sólo los que vengan! ¡también mirarán quién se queda fuera! Y tendrán que ser muchos, poner alto el listón. ¡Sólo pensar que Ramón Costa y Loli pudieran pretender...! ¡Sería un desastre! No están a la altura de... Estoy viendo que me va a dar el vértigo. Pues ella lo dijo claramente. ¿Las tijeras? Ya está, ahora sí. Pues ella lo dijo claramente: “cuando celebremos la puesta de largo de Clotildita...” ¡Celebremos! ¡Dando por sentado que ella...! ¿Qué le hace suponer...? No creo yo haberle dado pie. Nuestras miras, nuestro círculo es otro. Ellos son el pasado. ¡Y bien que me duele desprenderme de ellos! Pero la vida de sociedad tiene estas obligaciones y estas congojas y yo estoy sometida a sus servidumbres. Tienen que comprender... Bueno, basta por hoy. Todo al costurero. Voy abajo.

Flora

“Esta Clotilde no vive, deja que la vivan los demás. Sí, yo me entiendo. Apurada con el qué dirán. Siempre igual. Cree que una se hace igual que los que se codean con ella. Pero también puede hacerse peor. Ella copia todo lo malo, nunca lo bueno.

En el fondo es una pobre mujer que no se valora a sí misma: deja que los demás la tansen, la traigan y la lleven a su albur, con la tontería de si esto es de buen tono o no. Se preocupa hasta ponerse enferma de si la mujer de ese petimetre la saluda o no; de si le hacen seña desde el palco en el teatro; de si la sobrina del Medrano la nombró entre sus conocidas en aquel café...

Y al tumbaollas de su marido no lo quiere, eso se nota, ¡cuánta amargura llevará dentro! Sólo lo usa para que la sitúe en sociedad. Más alto, más alto, más arriba, ¡Jesús! si va a echar a volar...”

Sobre la lumbre hervían varias cacerolas, ollas altas y pucheros. Almiércoles, alcuzas, morteros y otros instrumentos se hallaban dispersos por doquier. Un delicioso olor a manteca de vaca inundaba la estancia de las cocinas. Flora removía un guiso con la cuchara de boj. Lo probaba, afinaba el sazonado y lo volvía a probar hasta que recibía, finalmente, su visto bueno. No se fiaba de las otras doncellas, niñas sin experiencia que aún tenían mucho que aprender antes de que se les pudiera confiar la responsabilidad de un almuerzo. Hierbabuena, perejil, ajeno, aromatizaban la cocina, colgados en haces.

El menú de hoy las había tenido atareadas toda la mañana: besugo a la francesa, que Flora estaba adornando en una fuente para ser servido con su aderezo de hígado de lamprea; ternera a la perigord —Saturnino evitaba el pescado siempre que podía—; patatas chateaubriand; flan de caldo y el postre que Flora elaboraría a continuación.

Ahora, sobre un mármol, tamizaba almendra molida a través de un cedazo. A Saturnino le disgustaba, pero Clotilde exigía que en la repostería se usase almendra molida en lugar de harina: le parecía más distinguido.

Desde su puesto de mando, Flora gobernaba toda la actividad con mano firme: “un cuartillo de leche” y una de las niñas salía rápida hacia la enorme y repleta despensa, “corta un platillo de jamón; no, deja, que lo estropearás, ya lo corto yo”, “¡un mortero! ¿dónde está el mortero?”, “vete rehogando esas cebollas... ¡a fuego lento, niña!”.

Regulaba el tiro de la cocina; atizaba el fuego; revolvía los carbones —rojas brasas— con un gancho de hierro; cerraba otra vez las puertas del Averno con la chapa redonda sobre la que, sin mediar pausa, asentaba una tartera baja de asas en la que saltar la carne o hacer unas sopas.

Los salmones de la cena se guardaban entre hielo picado; la jalea de grosella estaba en su punto, sólo tenía que enfriarse; ¿quedaba curaço? habría que pedir una botella a Gómez. Patatas, nabos, zanahorias, cebollinos y coles, cestas de huevos, higos y peras en almíbar, trufas y especias variadas copaban los estantes de la alacena. El único espacio libre era el que se reservaba para almacenar la caza y que, después de una partida, podía albergar una ristra de malvises emperdigonados o quedar repleto de codornices, de conejos, de patos. Había sitio para un par de jabalíes, un corzo o incluso un venado, en el extraño caso de que un ejemplar se pusiese a tiro de Saturnino. Atrás, había bodega de tintos buenos, vinos de malvasía y, aunque no muchos, caldos franceses e italianos de renombre.

Flora seguía en un frenético ir y venir: “niña, ¿serás capaz de subir esas claras a punto de nieve?”. Y aquél era un día recogido: no había visitas en el salón, no había invitados a comer, no se recibiría... Porque la pasión de Cloti era recibir. En esas ocasiones se transformaba en generala de una tropa de sirvientes —armados con paños y plumeros, con el escobón de deshollinar si se terciaba, o con cucharones de madera si estaban en la cocina— que cumplía con disciplinada eficiencia sus órdenes, o eso hacía ver. Enfundada en un guardapolvo gris —que era como su uniforme de campaña— andaba arriba y abajo supervisando e inquiriendo; apresurándolos a todos. El punto del asado, el brillo de la plata —ciertamente, plata nueva, sin la pátina de lo añejo, pero plata, al fin y al cabo—, el polvo de los sillones, el pulido céreo de los suelos entarimados se convertía en objeto de su ansiedad febril —“dos minutos más, Flora, luego apaga el horno”, “repara el saloncito, el suelo está hecho un desastre”, “¡Ay, las cucharillas! ¡Qué horror! ¿Quieres que me muera de vergüenza sacando esto a la mesa?” —y así transcurría toda la mañana, o el día entero si el compromiso era para la noche.

Como quería tratar con Saturnino tema solemne, Cloti ordenó encender los candelabros a pesar de que era mediodía. Hacía años que tenían luz eléctrica —y ese era un adelanto que entusiasmaba a Saturnino— pero Cloti prefería la luz de los candelabros. Macizos y relucientes, fueron una de sus primeras compras de casada. Los candelabros tenían estilo, tenían clase, eran distinguidos. Los encendía la servidumbre, vela a vela, y, al concluir el acontecimiento, ella misma pasaba con un apagador de plata para ahogar su llama, operación que se reservaba para evitar que los criados, con su descuido, manchasen de cera los manteles. Aquellos ritos la transportaban a otros tiempos. A una imaginaria edad dorada en que ella hubiese sido la señora de un ficticio castillo y su familia campase triunfante por los predios conquistados y sometidos a vasallaje. Fantasías. Pero alguna vez, al visitar las fábricas y recibir incontables muestras de sumisión que le tributaban algunos obsequiosos oficiales y directores —“doña Cloti esto, doña Cloti lo otro”—, se veía encumbrada al alto estado que creía el suyo connatural. Esas noches, indefectiblemente, se encendían todos los candelabros de la casa.

Una vez despachados los niños, pasaron los padres al comedor. Les servía una doncella joven. La supervisaba Flora, disponiendo vigilante el ir y venir de platos, el entrar y salir de fuentes. Cada cónyuge venía sumido en sus reflexiones, con esa disposición de ánimo que desembocaba siempre en un simulacro de conversación —monólogos entrecruzados— en que cada uno, sordo, lanzaba sobre los manteles sus pensamientos, que acababan recogidos por la doncella junto con las migas de pan y los cubiertos sucios.

—Saturnino, mi rey.

—¡Mujer!

—Quiero hablarte de algo.

—No veo forma de escapar...

—Es sobre la puesta de largo de Clotildita.

—Pero, ¿no faltan aún meses para eso? ¿no habíamos dicho que...?

—Sí, sí, pero yo estoy preocupada. Sabes que cuando estoy preocupada sufro de vértigo y no duermo... Escucha. ¡Atiende, que te veo en la inopia! Creo que pecamos de bondadosos. Abrimos la casa a cualquiera; a algunos, casi como de misericordia. Como a Ramón Costa y Loli.

—¡Mujer! Tú en lo que tienes que fijarte es en tener un hogar respetable... Mis clientes, mis socios... Tienes que recibir a sus señoras, hacerlas sentir como reinas, aunque sean percheronas. Eso es lo importante... sembrar amistad y confianza; en eso siempre se encuentra ganancia.

—Sí, Satur, de misericordia. Sabes de sobra que no están a la altura... Y, claro, los favorecidos acaban creyéndose más de lo que son. Nadie admite que está fuera de lugar. Saturnino: creo que tenemos que ser más selectivos. Uno se convierte en igual de aquéllos a los que recibe. Y no estoy dispuesta a degradar nuestra altura por hacerles caridades a los Costa ni a nadie.

—Bueno... no sé si... Mira, ¡respetable!: yendo a la Misa diaria, como acostumbras, sin retrasos ni distracciones que te hagan pasar por menos virtuosa de lo que conviene en mi mujer. Hacernos dignos de confianza: ahí es todo —hablaba Saturnino torciendo la cabeza para evitar el candelabro, que se interponía impidiéndole ver a su mujer.

—¡Caridades! De sobra sabes que tengo razón. No se hable más. A la puesta de largo no vendrán segundones. Durante años nos medirán por el éxito de ese día. Me muero de pensar que algo pudiera salir mal; nunca me recuperaría: mi crédito en sociedad quedaría arruinado.

—Lo que interesa es que todos sepan que éste es un hogar respetable, que somos gente de fiar; la expansión de los negocios requiere de esos cimientos.

—Para empezar, hay que ir haciendo distancia con algunos. Quitándoles de la cabeza que son nuestros iguales. No se puede recibir a cualquiera y salir indemne. Desde hoy, la puerta sólo entornada; no de par en par como hasta ahora: que hay que ver a quién se deja entrar y a quién no. Ya me entiendes. Y lo mismo para tus excursiones de caza.

—Partidas. Partidas de caza, no excursiones —respondió Saturnino como despertando.

—Lo mismo da. No me corrijas. Hora es de dar un salto, Saturnino. Tienes la mayor fortuna de El Montejo, aparte los condes, claro, y para algo nos ha de servir.

—Tú vigila a Flora y al resto de la servidumbre. Sus errores no pasarían inadvertidos y te serían atribuidos a ti de inmediato. Eso sería demoledor. ¿Qué credibilidad tendría yo si mi propia casa no se lleva con rigor? ¿Quién se fiará de mi criterio para los negocios?

—¡Ay, Satur! ¡Rey mío, que alegría ver que estamos de acuerdo!

—¿De acuerdo? ¿En qué? ¿Qué me dices? —“no sé qué pasa cuando hablo con esta mujer que nunca entiendo lo que me dice”.

VIII

En las tiendas del centro donde compraba Flora solían coincidir las criadas. Se formaba entonces una algarabía de voces entremezcladas pidiendo ser atendidas, solicitando múltiples pesos y medidas de los más variados productos, disputando con las demás por la vez —“yo estaba antes, rica, hay que tener educación”, “¿y me lo dices tú? ¿dónde la guardas, escondida en el arcón?”, “pero, ¡será descarada la niña ésta!, ¡no me hagas cerrarte la boca!”, “¿quién?, ¿tú?”—. Los dependientes ponían paz con paciencia y buen humor o, según el día que tuvieran, se divertían sembrando más cizaña entre las sirvientas. Detrás, las repletas estanterías, las cajas de fruta y los toneles de arenques ahumados, de sardinas y de bacalao en salazón. Pese a todo, la relación entre ellas era excelente. Todas se conocían y se juntaban con frecuencia la tarde en que libraban, en la cocina de alguna de las casas en las que servían, para jugar a la lotería. Solían usar unas fichas redondas de madera que llevaban los números grabados, introducidas en un saquito de tela del que se iban extrayendo para cantar los números: “el treinta y tres, la edad de Cristo”, “el quince, la niña bonita”, “el veintidós, los dos patitos”. Rara era la vez que alguna de ellas no apostillase con una frase hecha.

Por las mañanas la vida de las criadas era un ir y venir frenético fuera y dentro de las casas: al mercado a por verduras, fruta, carne o pescado; acompañando a la señora a ver unas telas; al almacén que atendía Gómez a por cualquier capricho. Dentro de la casa había que limpiar, abrillantar y pulir; que atender la cocina y el trajín de la sala de plancha, siempre impregnada por el olor dulzón de la ropa almidonada; y, en fin, otros mil recados, o la señora quejándose por cualquier cosa, de puro aburrimiento. ¡Y cuando recibían! Flora pensó en Cloti, que se volvía loca, absolutamente insoportable en esas ocasiones, cubierta con un ridículo guardapolvo gris...

IX

El río era lugar de vida. Sonoro, ruidoso. Fresco. Allí se compartían juegos y aventuras cuando el sol apretaba. Un tronco se transformaba fácilmente en barco pirata. Una rama, en cocodrilo. Neumáticos usados, ramas atadas, eran balsas con las que descendían los críos, impulsados por la corriente, hasta la finca de Nicanor, donde el agua se remansaba. Incluso un año, se usó como improvisada canoa la talla policromada de Santa Rita de Casia, patrona de Gracilla, que el Armando, con sus once años, tomó prestada la noche de la fiesta mayor. “Esto tiene que flotar canela fina”, se había dicho. Las beatas nunca se

lo perdonaron. Durante el verano, muchas veces se juntaban los niños y remontaban su curso hasta los altos para ver, escondidos entre peñas, a las nutrias retozar en la orilla.

El río era lugar de todos. Allí, pisando entre las matas de tomillo, jugaban juntos los de La Barriada con los de la calle Mayor; los hijos de los jornaleros con los de sus dueños. Allí fue donde Floro, un primo de Manolo, se tiró a sacar de la poza al segundo niño de Saturnino, que se cayó pescando y se dio un golpe en la cabeza. Después, comieron allí mismo una trucha, cocinada sobre brasas, y decidieron no contar a nadie el incidente.

Los parias de La Barriada no solían bautizarse. La parroquia de Santa Rita no era territorio amigo. Cruzar la calle Mayor ante la mirada hostil de sus moradores o las risas de los niños que señalaban con el dedo, divertidos, sus andrajos, no era plato de gusto. Pero todos, antes o después, pasaban por un rito pagano e iniciático, cuando comenzaban a trabajar en los campos, en el que eran lanzados al río vestidos, al grito de “¡a bautizarlo!, ¡a bautizarlo!”. Esta inmersión litúrgica era oficiada por los gañanes más mayores con risas y sellaba formalmente la incorporación de los pequeños a la clase obrera, que acababa de producirse entre terrones, jaras y sudores. No solía faltar la gratuita caricia de un rayo de sol que bendijese el júbilo y la vitalidad y la camaradería del momento. Bandadas de torcaces alzaban el vuelo desde los árboles de la ribera: asustadas por el alboroto, cesaba su zureo y sobrevolaban la ceremonia suspendidas en el aire.

X

Los nuevos ricos de El Montejo se relacionaban harto frecuentemente con los de fuera de la comarca. Esos viajes a Madrid, las fiestas a las que se invitaba a la burguesía foránea, la novísima costumbre del veraneo que comenzaban a adoptar algunos Montejanos, eran algo más que un rasgo de esnobismo.

Aquel entrechocar de tazas y copas, aquel tintinear de porcelanas acariciadas con cucharillas talladas por el platero, aquellos corrillos, aquellas risas eran, sobre todo, una huida de la endogamia. Una huida de ellos mismos. Era el miedo, el pánico a ser como los otros miserables, confinados por su incapacidad para viajar, para ir o venir, ligados por su pobreza a la tierra y al señor desde hacía siglos, atrapados en el subsuelo de la jerarquía social, que llevaban generaciones casándose entre ellos, haciendo degenerar su estirpe y surgir, por el repetido matrimonio entre parientes, mozos y mozas con lo que, a ojos de aquella burguesía, eran abominables malformaciones en el cuerpo y el espíritu. Con mucha ironía, mirándola en un espejo deformante —de esos de las ferias, que todo lo vuelven del revés— se asemejaba su situación a la de la realeza, también atrapada en su condición y obligada, como los muertos de hambre de Gracilla, a emparentar conyugalmente con quienes ya eran sus parientes de sangre.

XI

La cruz de Saturnino era su estómago. Sufría de estreñimiento crónico, con gran dificultad para evacuar. Laxantes y remedios de todo tipo, caseros o traídos por Flora de la botica, le acompañaban permanentemente. Desde pequeño ya pasaba semanas sin acudir a la cita con el excusado y experimentaba un gran placer al retener las heces, en un empeño por no deshacerse de algo que consideraba tan suyo, de algo que no deseaba compartir con nadie, pese a las caras preocupadas de sus padres y del doctor que le sentaban en la letrina durante largos ratos, esperando que expeliese. A más insistencia de ellos, más firmeza en él para no dar su brazo —o su recto— a torcer.

XII

Jacinto Fabero, industrial, terrateniente, presidente del Casino de Gracilla y prioste de la Cofradía Mayor del Santo Sepulcro, era hombre católico, piadoso y cabal. Escrupuloso enfermizo, amigo de confesiones generales, obsesivo en la meditación de los novísimos, siempre dubitativo, siempre receloso de su salvación —“temo condenarme, don Serafín”, era la cantinela diaria ante su director espiritual—. En misa, de primer banco; azote de liberales; enemigo de innovaciones —tanto como su padre pudo ser acérrimo partidario— tan antiguo, tan reaccionario, tan reñido con el progreso que rechazaba hasta el sistema métrico decimal, “ese aborto parido por la Ilustración, el liberalismo y las logias”: él continuaba usando leguas, arrobas y fanegas, lo que ocasionaba no pocos problemas a su alrededor. Jacinto había escogido, consciente o inconscientemente, seguir el camino de su madre: enmadrado hasta el extremo, destetado bien entrado ya en la adolescencia, se convirtió en un meapilas, beatón y mojigato y prefirió rodearse de las estampas de san Judas Tadeo y santa Gertrudis que coleccionaba su madre que de los cachivaches e invenciones de su padre. Era también prototipo del hombre angustiado y torturado por sus propias pasiones, que respondía al deseo desatado —pero nunca consumado— por la insinuación de los pechos en la escotadura de una joven o al trasluz de una blusa, apretando sobre su carne el cilicio, mortificante pero redentor, y corriendo al confesionario, cargados los hombros con el peso recio de la culpa, insoportable como el sol agostizo de mediodía sobre los hombros del segador.

Su mujer, Obdulia, causaba notable impresión en quienes la conocían, y no sólo por su herencia y caudales: el moño, amenazador; los andares, excesivos; mirada, un tanto punzante. El ornato, impetuoso; la conversación rotunda, fragorosa, colosal; el respirar arrogante. Encopetada, narcisa, pagada de sí misma. El ingenio, muy menguado; sesera, más bien baldía, en sempiterno barbecho. En opinar, sin embargo, frondosa y exuberante, no conocía el rubor ni la medida. Tan observadora y despierta para lo de los demás como ciega para lo suyo propio.

Capítulo 2

I

La bulliciosa procesión de coches entró por la carretera de Madrid y atravesó Gracilla hasta la calle Mayor. Bocinas, saludos, risas. Los perros, asustados, ladraban desde las cunetas. Las madres sacaban apresuradamente de la calzada a sus niños.

La despreocupada comitiva se dirigía a la mansión de los Arnedo, con la misma ligereza y frivolidad de siempre, cuando las jornadas de caza que organizaba Saturnino convocaban, como campanas tañendo a misa, a sus amistades de la capital. Eran días de mucho montar a caballo, de olor a pólvora, de sudor bajo el sol, de acechar a las presas y de comer los sandwiches que ya se habían hecho famosos: “los sandwiches de Flora”, aunque ninguno de ellos hubiese conocido a Flora, que los preparaba por docenas en la cocina, macerando el pan en leche, rebozándolos, friéndolos en mantequilla.

Después, al crepúsculo, llegaría el tiempo de esperar indolentes la hora de la cena, de franquear unas postales o de hojear sin ganas el periódico, arrellanados en los butacones de Saturnino.

II

La fuerza embalsada durante el invierno en cada porción de materia, en cada célula animal y vegetal de la naturaleza dormida, reventaba y se desperezaba ahora en un bostezo telúrico que daría lugar, unas semanas más tarde, a una efervescencia, a un bullir de vida y actividad en brotes y yemas, en semillas que se hinchaban y se rompían germinando; también en las madrigueras y en las charcas y en los aires, que cruzarían en su retorno cigüeñas y golondrinas.

De momento, de las crestas montañosas se precipitaban las aguas del deshielo regando la tierra montejana; alimentando su río, que por este tiempo, bajaba crecido, bravío, indómito y aún se aceleraba en los rápidos, en las pequeñas cascadas donde sus aguas se precipitaban y hundían unas en otras mezclándose, revolviéndose con furia de animal herido y una espuma empujaba a la otra con encono, como compitiendo a vida o muerte por ver cuál era la primera en alcanzar su destino.

Los suelos, todavía duros, se abrían bajo la reja del arado, disponiéndose a recibir la simiente. Hacía frío. El viento racheado azotaba sin asomo de compasión y ni siquiera bajo el sol —si es que éste vencía a las nubes densas y grises con las que tenía que disputar— se podía resistir largo rato sin esforzar el cuerpo con algún trabajo.

Todavía titilaban las estrellas sobre Gracilla cuando ya había empezado el día en los hogares de los jornaleros, acostumbrados a madrugar. En marzo, ya no necesitaban, para

lavarse, romper la capa de hielo que se formaba en el agua de la palangana apenas un mes antes. Se mojaban las manos y la cara en un amago de higiene. Algunos podían usar un tosco jabón para esta tarea, igual de tosco si lo hacían ellos que si lo compraban en el almacén que regentaba Gómez, el tendero. Los niños corrían a encender la lumbre, deseosos de ser los primeros en beneficiarse de su calor, y preparaban para todos una achicoria cuyo aroma penetrante se extendía por toda la estancia y, si quedaba harina en la despensa, unas gachas. Mientras tanto, los gallos invocaban el amanecer y la claridad parecía atender a su llamada. Al poco tiempo, salían de sus casas hacia las tierras de labor. Se iban juntando en los caminos, embarrados si había llovido.

Román era un hombretón enorme, capaz de arrastrar un arado o de cargar un saco de remolacha en cada hombro. Como los demás jornaleros, vivía en la casita que él mismo había construido en La Barriada en los años en que la necesidad de concentrar mano de obra cerca de las fábricas y de sus tierras había llevado a Saturnino a ceder a tal efecto unos terrenos baldíos de su propiedad, que se iban a transformar rápidamente en el barrio obrero de Gracilla por antonomasia.

Román había sido casi de todo: era jornalero cuando había faena en el campo; tablajero en las fiestas de los pueblos, construyendo las tarimas de madera; peón en la azucarera durante la campaña: había que ganarse la vida. Matilde, su mujer, cosía sacos para la harina y el azúcar en los meses de invierno. Así malvivían.

Con un pan en el morral y algo de cocido en una olla que cargaba Matilde, la mujer de Román, salieron los cinco después de desayunar unas gachas de harina cocida con agua y sal, como todos los días. Rosita, Román y Berta, sus hijos, completaban el grupo.

Rosita y Román ya eran adultos: trece y diez años tenían respectivamente. Por eso acompañaban cada día a sus padres a los campos. Berta, con siete, todavía iba al colegio, llevando consigo el único juguete que había en la casa: una muñeca de trapo con vestido de saco y retales rojos por labios.

Rosita, como su madre años antes, se había hecho mujer entre los surcos, manchando la tierra con la sangre de su primera regla.

—Es un buen presagio, hija mía —le dijo Matilde.

—La tierra que regamos con nuestra sangre debería ser nuestra. Y lo será —se juró ese día Román con una rabia serena. Los jornaleros hablaban mucho de la reforma agraria. El advenimiento de la República había excitado sus anhelos y el retraso en la llegada de los cambios los tenía fuera de sí. Las organizaciones obreras habían prendido con fuerza entre ellos y casi todos estaban afiliados a la UGT o al sindicato anarquista.

Iban llegando todos a los campos. Los capataces los dirigían a los distintos predios en los que tendrían que trabajar. Como aquellas tierras pertenecían a Saturnino, tenían que llevar meticulosamente cuenta de todo: nombres, parcelas, semillas entregadas... Todo se lo hacían luego llegar para que él lo revisara, lo releyese, lo puntuase.

Se señalaba la cantidad de semilla —un saco o dos— a cada grupo de una, dos o tres familias. Román cogió del carro el que les correspondía y lo cargó al hombro. Luego lo repartirían. La siembra se hacía “a golpes”, lanzando un puñado de semillas de cada vez. Andaban los cuatro en líneas paralelas, siguiendo los surcos que días antes había dejado el arado, como estelas espumosas y durables en un mar de barro.

A mitad de la jornada, una pausa para comer. Se formaban círculos a medida que las familias se agrupaban; los vecinos, los amigos, los que habían venido del mismo pueblo, juntos. La comida se compartía. El padre solía cortar el pan. La olla en el medio. Todos comían de ella, no había platos. Mayores —Román, Matilde— y niños —Rosita, el pequeño Román— reponían fuerzas con avidez: todavía quedaban muchas horas antes del ocaso, del reparto del jornal, de la vuelta a casa.

Los obreros de fuera no tenían casa a la que volver. Dormían en los soportales de la iglesia, o al raso, bajo los cerezos, acurrucados unos junto a otros para burlar al frío. Paco *el joven*, el maestro, solía abrirles la escuela, sobre todo cuando el tiempo era malo, para que durmieran en el suelo, pero ni aun así todos tenían cobijo.

Poco después de empezar la siembra, llegaba de pleno la primavera y todas las aves migratorias habían retornado ya para disfrutar de la benignidad del clima montejano en la estación más bella del año, cuando el aire tibio acariciaba y una multiplicidad de olores —a cerezos en flor, a tierra mojada, a heno, a violetas, a madera cortada; un poco más adelante, próximo ya el verano, a orégano y a romero—, apretados en cada golpe de brisa que henchía sus pulmones, llenaba de optimismo a todos durante el laboreo en los campos.

También la remolacha que se esforzaba Román en sembrar sentía la llamada a la vida, y brotaban las pequeñas plantas allí donde los golpes de semillas habían ido a caer. Era tiempo entonces de desmatar o entresacar, dejando, con mucho cuidado, una sola planta de cada grupo, para que creciera más fuerte y sana.

Fue un día, en esta labor, cuando Román empezó a odiar. Nunca había odiado, ni a su suerte, ni a su vida, ni a su patrono, el terrateniente, el amo, Saturnino. Pero aquel día, tras más de cinco horas en cuclillas, arrancando plantas, la pequeña Rosita no pudo más y cayó, gritando. El dolor no la dejaba hablar, sólo gritaba. Sin fuerzas como estaba, casi en ayunas, el esfuerzo fue demasiado y perdió el sentido. “¡Se nos muere!, ¡Se nos muere!”. Unas mujeres trataban de consolar a la madre. El padre lloraba con unos enormes lagrimones, a medida de su propia envergadura. El miedo era natural: en la casa del pobre —bien lo sabían ellos— es frecuente que, cuando entra la enfermedad, salga un cadáver. Alguien avisó a Emilio, el médico, que acudió a caballo enseguida. “No pasa nada, no es nada”, “Unos días de descanso y que coma bien”, “Se curará, se curará, no es nada”. El susto dejó huella en Román. No volvió a ser el mismo. “¡Qué puta, la vida!, ¡Qué perra!”. Y se juró morir si hacía falta para acabar con aquello, mientras abrazaba a su hija, ya consciente, apretándola mucho contra el pecho. A Manolo le confesó después que estaba

dándole vueltas a mandarla como chica de servir a Madrid: “No quiero ver a la criatura romperse en las tierras. Allí tendrá mejor vida”. “Tengo una prima en la ciudad que le buscará una buena casa”. Y se tragaba las lágrimas para que nadie supiera que otra vez el hombretón lloraba, ahora por pensar en separarse de ella.

Unas horas después, casi al final de la jornada, se acercó un grupo paseando a caballo por el camino de Gracilla. Al frente, Saturnino, enseñaba los campos a los visitantes de Madrid, que habían llegado para cazar.

—¿Cómo pueden resistirlo? —preguntó una joven al ver hombres, mujeres y niños doblados sobre el surco aclarando las matas de remolacha.

—Oh, ni lo sienten, están hechos de otra pasta. No son como nosotros.

Y siguieron su paseo, desarrollando algunos sandwiches. Mientras, iban ya los campesinos parándose. Concluían los trabajos por aquel día. Deslomados, las espaldas rotas, sudorosos; los músculos contraídos por el esfuerzo; dolorida hasta la última célula de sus cuerpos; exhaustos, extenuados tras horas inclinados hacia la tierra que les alimentaba. En silencio, pues ni fuerzas para hablar quedaban ya, se sentaban sobre los terrones, secándose el rostro, estirándose. Algún gruñido, algún aullido, alguna queja. Un botijo acerca el agua a los sedientos hombres, mujeres y niños mientras el sol comienza a acariciar la línea del horizonte. Rosita se había ido unas horas antes por orden de Emilio, que la acompañó a casa. A Román le iban a descontar, en el pago del jornal, el tiempo no trabajado por la niña.

Las labores se sucedían a lo largo del año. Había que romper la tierra un par de veces para dejar que el agua llegase libre a lo profundo. Había que escardar, arrancando las hierbas que pudieran competir por la luz y el alimento con el dulce tesoro de Saturnino.

No estaba ya lejos la Navidad cuando una emoción especial, como un chisporroteo eléctrico, parecía extenderse por los campos. Muchos jornaleros llegaban entonces de fuera, de Higueras y de otros pueblos cercanos. Los capataces salían a reclutar y contratar brazos en las plazas de Gracilla o por La Barriada. Los niños que aún iban a la escuela, si habían cumplido los ocho años, sabían que el curso estaba a punto de concluir para ellos. Nadie quedaba al margen: llegaba la recolección.

La comarca entera se movilizaba. Los hombres aportarían los músculos recios y fibrosos que pronto se iban a tensar hasta la extenuación por el esfuerzo de desgarrar la tierra con sus palas de dos dientes para robarle la preciada raíz en jornadas que no concluían nunca. Mujeres y niños de blancas y menudas manos esperarían cerca. La remolacha tenía que ser primero limpiada y después, con un preciso corte que requería habilidad y pericia, acababa la tarea librando a la raíz —en desagradecido gesto— de la inútil carga de las hojas, ahora sin función alguna, después de haber sido vida para la planta, exponiéndose inmóviles al sol para absorber, de la cascada de su luz, la energía que precisaban.

Eran, de algún modo, jornadas alegres. Se cantaba. Se compartían la comida y el agua. Una pera, jugosa y fresca. Media hogaza de pan. Vuelta a llenar el cántaro, preservado del calor en un hoyo del suelo. Si no había una fuente cerca o un pozo —y esto no era frecuente— las aguadoras se acercaban acarreando cubos, a veces en difícil equilibrio sobre la cabeza. No faltaba el aldrán, cargado con bota y tinaja, como augur de buenos presagios vendiendo vino por las tierras labrantías y las dehesas —“dos reales aquí, haga el favor”—.

—Vinazo es éste que traigo. Resucita un muerto.

—¡Quiá! Algo de lluvia le habrá caído —provocaba uno.

—¡No empecemos, mozo, que acabamos mal!

Y se trabajaba. Duro. A última hora, se cantaba menos. El dolor en las manos, sobre todo si no eran veteranas en estas labores, se hacía insoportable después de horas manipulando remolachas, llenando carros que partían a su destino dejando profundas marcas en el suelo, huellas de sus ruedas sobrecargadas.

La azucarera de Gracilla era impresionante. El más claro signo del poder y prosperidad de los Arnedo estaba situado en las afueras, junto a las casas de La Barriada, donde residían la mayor parte de sus obreros. La rodeaba un grueso muro de ladrillo, casi excesivo, pero así era Saturnino, que había mandado levantarlo antes que la propia fábrica: necesitaba proteger lo suyo, sus posesiones, su tesoro, a sí mismo.

Ciertamente, daba gusto verla en plena acción. El camino que conducía hasta ella, de polvo amarillento, como arenoso, se llenaba de carros y galeras cargados de remolacha. Unos, remolcados por bueyes, mulas o borriquillos; otros empujados por seres humanos, familias enteras, hombres, mujeres y niños.

Saturnino se sentaba a contemplar el espectáculo, ya en su despacho, tras la cristalera con vistas al patio, ya —las más de las veces— en una loma cercana, apoyado en su coche favorito, un doce cilindros de la Hispano-Suiza que había ido personalmente a recoger a Barcelona. Desde aquella altura, esforzando la vista, conseguía distinguir a los guardas y porteros recibiendo la mercancía y organizando el tráfico hacia las básculas donde los pesadores hacían su trabajo con meticulosidad extrema, tal y como le gustaba a Saturnino, anotando cada entrada con todo detalle en los libros que el propietario repasaba diariamente. Tras esa operación, los veía cruzar el patio hacia los almacenes que, a medida que avanzaba la cosecha, iban llenándose con montones planos de raíces que pronto se convertirían en azúcar.

Las disputas durante el pesaje no eran frecuentes, porque ahora la mayoría de esa remolacha era de Saturnino, aunque también algún otro terrateniente de El Montejo dedicaba parte de sus propiedades a ese cultivo. Ya su padre había empezado a cultivar campos de remolacha cuando comprendió que la pérdida de las colonias y la consiguiente escasez

de caña de azúcar iba a convertirlo en próspero negocio, apoyado por el proteccionismo arancelario que sus agentes siempre defenderían en Madrid.

Antaño sí que había peleas con los pesadores, que los guardas de la azucarera reprimían de inmediato. Ahora ya sólo quedaban unos pocos campesinos modestos que seguían resistiéndose a deshacerse de su tierra y vendían la exigua cosecha que conseguían arrancarle abonando con jirones de vida sus minúsculos predios. Tampoco había apenas aparceros, de aquellos que, a cambio del uso de las tierras de labor, entregaban al propietario una parte de la cosecha.

Las altas chimeneas dejaban escapar un humo blanco y liviano que formaba parte del paisaje de Gracilla desde que se abriera la azucarera y al que todos se habían acostumbrado. Permanecía siempre colgando sobre la fábrica, incluso después de apagarse las calderas.

Dentro, los obreros, fijos y eventuales —contratados durante la campaña, en el invierno—, se afanaban en silencio. Dos turnos de doce horas cada uno mantenían la fábrica en eferescencia febril hasta que toda la cosecha había sido transformada. Los listeros se encargaban de comprobar que todo el mundo estaba en su puesto, anotando presencias y ausencias para remitir después los registros al despacho de Saturnino. Los capataces controlaban a obreros y peones, mientras que torneros, ajustadores y caldereros trabajaban a toda máquina cuando era preciso sustituir una pieza averiada o reparar un depósito, de modo que la fábrica no detuviese su actividad. De hecho, nunca se había detenido, al menos durante la temporada, que empezaba con el inicio de la cosecha, el mes anterior a la Navidad, y muy raramente llegaba a febrero.

El interior de la fábrica era un laberinto apasionante de tuberías, calderas, hornos y artugios variados, expresión, para Saturnino, del genio humano. “Aquí, aquí y no en la Ópera o en el Teatro Real se conoce hasta dónde ha llegado nuestra civilización. La sinfonía de nuestro tiempo la componen el borbotear de las calderas y el estruendo de las prensas y cortadoras”. Así solía Saturnino hablar a los visitantes, especialmente a los que venían de la capital, a los que, sin excepción, hacía visitar la azucarera. Se sentía disgustado si, por haber acabado la campaña, no podían ver el ingenio en plena acción y sólo había allí pilas de sacos abarrotando los almacenes y algunos peones cargándolos en los camiones que los conducirían hacia el mercado. Entonces tenía que llevar a sus invitados a la harinera, pero no le satisfacía tanto, porque no la había edificado él mismo, sino su abuelo. A cambio, podía enseñar la maquinaria para producir energía eléctrica que, aprovechando el cauce y la presa del antiguo molino hidráulico, había hecho construir, electrificando Gracilla y alrededores. Así se consolaba porque, después de su querida azucarera, nada había más apasionante para Saturnino que la electricidad. La suya había sido la primera casa de El Montejo en disfrutar de tal avance —antes que la de los Fabero, que seguían dependiendo de él para el suministro eléctrico— y ello le llenaba de orgullo.

La luz entraba a raudales en las alargadas naves. Enormes ventanales, coronados por arcos apainelados, casi semicirculares, y partidos en decenas de pequeños ventanucos cuadra-

dos, permitían el acceso de los rayos de sol durante casi todo el día. “¡Cómo recuerdan a las vidrieras de una catedral!”, aseguraba Saturnino a los desconcertados visitantes, con tanto énfasis como inexactitud.

Saturnino paseaba a menudo por el interior. Incluso de noche, a veces, abandonaba la placidez de su casa, arrancaba su coche y se plantaba en la fábrica. Le saludaban los guardas en la puerta y penetraba en el sagrado recinto. Entonces, se quedaba contemplando boquiabierto —como si las viese por primera vez— aquellas enormes calderas en que hervía el zumo, concentrándose, separando el azúcar, que crecía en su interior en forma de cristales; para él, diamantes gestándose en el seno de la Tierra. Veía los aparatos en funcionamiento: difusores, cribas, filtros y prensas; veía el moderno instrumental: termómetros, manómetros; se asomaba por las aberturas redondas —como ojos de buey cerrados con gruesos vidrios, que los ingenieros llamaban miradores— para ver el interior de las esferas metálicas en que se desarrollaba la cochura y el preciado jugo se iba enriqueciendo.

Lavadores, cortadoras, bombas de vacío, centrífugas que separaban con su giro vertiginoso los últimos restos de jarabe de los cristales: todo ello saltaba ante sus pupilas con vivos matices, con marcados rasgos. Como los canales de mampostería a través de los cuales, empujada por el agua, llegaba la remolacha al inicio del proceso y que a Saturnino le parecían arterias, metafóricamente conectadas a su propio torrente sanguíneo, que llevasen la vida y el sustento a un ser vivo. Todo aquello era suyo, era una prolongación de sí mismo. Era él mismo, de alguna manera. En ocasiones, contemplándolo se sentía hasta sexualmente excitado, pero eso no lo había comentado nunca a nadie.

Pasaba, sin embargo, sin ver a los operarios que, durante largas, larguísimas horas, comprobaban la buena marcha del proceso; saciaban la voracidad de las enormes calderas abriendo y cerrando las llaves de paso en inacabable secuencia; extraían unas gotas de su dulce contenido para atender a la correcta formación de los pequeños cristales de azúcar, como abejas obreras que se afanaban en el cuidado de las crías dentro del panal. Los trabajadores eran, a lo sumo, un elemento más del perfecto mecanismo de la fábrica, pero que carecía del lustre de las piezas de fundición, de acero, de latón o de cobre que, bendecidas con el incienso del vapor, alimentadas con el sacramento de la electricidad, oficiaban su liturgia perdurable, incesante, en el imaginario templo del progreso que, para Saturnino, era su fábrica.

Cada válvula, cada tolva, cada motor tenía para él una historia: los viajes para adquirirlas o para supervisar su manufactura; las discusiones con los técnicos o el regateo por el precio antes de sellar el acuerdo final. Sin embargo, las personas sólo le hablaban de sin sabores, de resistencias, de negativas. Los peones, los aprendices y los oficiales le parecían por igual desagradecidos, siempre insatisfechos en una actitud que Saturnino calificaba con aplomo de mezquindad. “Cada uno es lo que es y tiene su lugar. ¿Qué quieren? ¿Quieren la fábrica? ¿Quieren quedarse con lo que yo he construido?”. Eran temas recu-

rrentes en las conversaciones con los habituales del Casino; con el teniente coronel, con el gobernador civil: “Mantener el orden social”, “¿Qué nos queda, si no?”, “Defender la bendita paz frente a la agitación obrera”.

III

Corría el año de 1920 cuando el abuelo Fabero, el padre de Jacinto, con casi 78 años de edad, en uno de sus viajes a Madrid, montó en el Metro. Era amigo de los avances, la ingeniería y las nuevas obras públicas; partidario de la mecanización en los campos y las fábricas; ardiente defensor de la electrificación, la higiene y la gimnasia. Pero nunca antes había experimentado una iluminación como aquélla: el Metro le reveló “las posibilidades ilimitadas de la técnica”, según dijo. El trayecto entre Cuatro Caminos y Sol le decidió a hacer un ferrocarril subterráneo también en Gracilla. Lo ridículo de esa decisión no pesó nada en su ánimo, como tampoco le influyeron los consejos de los amigos o las críticas del resto. Ni que decir tiene que su avanzada edad, casi inverosímil en Gracilla, servía más como acicate que como freno de estas aventuras y excentricidades.

Contrató una cuadrilla de mineros que comenzó de inmediato las excavaciones. Afortunadamente, el abuelo Fabero era mudable y poco perseverante. Perdía gran parte de su arrojo sin más que dejarle que se aburriera solo, sin llevarle la contraria. No fue este caso la excepción. Pero en el tiempo que tardó en cansarse del proyecto y convencerse de que Gracilla no necesitaba un Metro, habían hecho una poza enorme en las afueras del pueblo que nadie se molestó nunca en cubrir y era conocida universalmente como la poza del abuelo Fabero.

IV

Un grupo de Izquierda Republicana se reunía en el café Oriental cada tarde. Allí hacían tertulia. Jugaban al dominó, discutían de política y organizaban la actividad de su partido. Uno era Emilio, el médico, un buen hombre que solía atender gratuitamente a los obreros de la barriada y llegó a ser candidato a diputado por la provincia. Otro, Adolfo, un ingeniero de cincuenta y tantos años, soltero vocacional, de potente vozarrón, que vivía con su madre en un viejo y destartalado, pero acogedor, edificio en el centro de la ciudad. Juerguista desde la mocedad, a veces desaparecía y pasaba fuera dos o tres días, ora en las fiestas de un pueblo, ora en el barrio prohibido de la capital e incluso, una o dos veces al año, en Madrid. Era aficionado a los toros y no se arredraba si tenía que participar en una capea. También frecuentaba los teatros —no siempre los más recomendables o de impoluta moralidad— y practicaba con no poca destreza y notable afición la cata de los más variados mostos fermentados.

Se ganaba la vida dando clases en su casa a los chicos bien de Gracilla que preparaban el ingreso en la Universidad o que se examinaban en ella por libre. Subían por la amplia escalera y, desde la puerta, Adolfo les conducía hasta un saloncito adornado con profusión de antiquísimos daguerrotipos en los que aparecían antepasados de los que él

ignoraba hasta el nombre, pero cuyas vidas conocía de pe a pa doña Angustias, su madre. Adolfo había ejercido su profesión por un breve periodo pero renunció pronto a ella, desengañado. Cuando alguien sacaba el tema, invariablemente contestaba: “me sentía sirviendo para construir el futuro de gentes que debieron quedar sepultadas en el pasado”.

¿Qué más se podía decir de él? Hablamos de un librepensador sin ataduras, sin lealtades de clase o gremio que aborrecía mortalmente lo que solía denominar “aborregamiento ultramontano” tan extendido en el sofocante ambiente del Casino y siempre presente en las homilías de don Serafín o en las conversaciones aquéllas sobre la esencia de España, el genio de su ser y otras zarandajas que había soportado de los que él calificaba como espíritus débiles, “influidos por las fantasías de Menéndez Pelayo —el hombre que a la tolerancia llamaba castración— y otros constructores de mitos, fabuladores casticistas”.

A lo largo de su vida había tenido que tratar a militares; unos, coloniales noventa-yochescos que recordaban con regocijo sus andanzas en Cuba y Filipinas; otros, africanistas acérrimos, de los tiempos de El Rif y el Gurugú. También a ensotanados clérigos de calado bonete, dispuestos a asperjar —en lugar de con hisopo y agua bendita— con llamas inextinguibles, condenaciones y novísimos las maltrechas conciencias del pueblo que Dios les confiaba. Por último, las obligaciones laborales le habían hecho conocer a toda una suerte de meapilas crecidos como políticos durante la Restauración, al amparo del sistema de encasillamiento, por el que se aseguraban el escaño con el apoyo y la complicidad del gobierno y los caciques locales. “Todo podredumbre, ranciedad, olor a moho”, según Adolfo. Para él, sin duda, constituyó una refrescante novedad alternar en ambientes republicanos e intimar con cuatro o cinco azañistas con los que pudo compartir visiones, ideas y proyectos.

Aunque los padres de sus alumnos le consideraban una influencia perniciosa, consentían que tratase con sus hijos y le pagaban religiosamente porque no existía alternativa en la comarca y porque, además, Adolfo era un profesor excepcional.

IV

El almacén, en el que se vendía de todo, estaba servido por Gómez, el tendero. Pocos había en Gracilla tan serviles y sumisos. Por eso lo había escogido Saturnino para trabajar —era un decir— en el colmado, sacándolo de la harinera, cuando decidió abrir el establecimiento. “El Ilustrado”, lo llamaban con sorna. Se debía el apodo a sus correctos superlativos, tan fuera de lugar en Gómez como Santa Rita de Casia flotando en el río. “Bonísimos melocotones a 20 céntimos”, “Hoy tengo un género pulquérriimo”, “Sí, claro, éstos son los celebérrimos tomates del Pedrosillo”.

Era el colmado como un pródigo Cuerno de la Abundancia en manos de la diosa Fortuna, alcazaba inagotable de sultán granadino —o, en los sueños infantiles, cueva de Alí Babá— que contenía cuanto los gracillenses se atrevían a desear; incontable copia, inacabable abasto.

El almacén tenía dos puertas, como casi todo en Gracilla, que tenía dos caras. Por una entraban los señores a comprar codornices, salmón ahumado, “marrón glacés”, anisete de Burdeos o unos metros de organdí. Por la otra entraban los demás a comprar una patata o un puñado de sal, una cucharada de achicoria o hasta de café, si había fiesta grande en la casa ese día. Gómez servía con igual diligencia a unos y otros —mientras los deslumbraba con sus superlativos— porque con todos hacía caja y era por ella, por la caja, por la que iba a ser medido en el Juicio Final.

Era muy comentada la anécdota en la Gómez sufrió un duro revés a su pasión adjetivadora. Al recibir a Saturnino y a su mujer en una de sus visitas al almacén, les mandó pasar, con profunda reverencia.

—Adelante don Saturnino, ésta es su casa. Adelante, doña Clotilde, señora potísima de...

No pudo acabar la frase. Uno de los guardias que acompañaban a Saturnino entendió mal el superlativo, se creyó en el deber de hacer algo y le sacudió de firme, haciéndole rodar por el suelo, a los pies de quienes contemplaban el suceso, que en aquel momento no hacían ningún esfuerzo por contener la risa.

—Pero desgraciado, ¿quieres que te mate a golpes? ¡Putísima lo será tu madre!

V

Muchos jornaleros, vecinos y conocidos de Estrella, se habían quedado sin aliento cuando se hizo mujer, le crecieron los pechos y ensancharon las caderas: comenzó a relucir en ella toda la sensual belleza de las Bastardillas.

Saturnino la vio un jueves en el mercado. Estaba vendiendo sus cestos. Quedó fascinado.

—Si tengo tanto así de hombre, mía ha de ser esa niña —se dijo.

El cortejo fue, por necesidad, muy limitado; así solía serlo entre un hombre casado y de clase alta y una pobre mujer como Estrella. Limitado porque la distancia entre ambos no permitía un acercamiento pausado, jalonado por las actividades propias del galanteo: cenar fuera, función en el teatro, baile en el Casino, paseo por la calle Mayor. Estos romances adúlteros imponían la necesidad de secreto y se desarrollaban, por ello, en privado, normalmente en los conocidos como “pisos de mantenidas”. Tantos eran que, si se pusiesen juntos, no estarían lejos de alcanzar en Gracilla el rango de barrio.

Cuando Saturnino quería verse con Estrella no necesitaba más que enviarle un escueto billete en un pequeño sobre de color hueso indicándole día y hora de la cita: ya sabía ella a dónde tenía que acudir. Se encontraban siempre en un piso propiedad de Saturnino situado en las afueras de Gracilla. Era una casa de vecindad, de cuatro plantas y amplio portal.

Cada vez que subía por la enorme escalera, sentía la tentación de preguntarse si sería la única o cuántas habría habido antes. Pero no se quejaba de su situación ni de lo que era.

Las cotillas que pasaban el día vigilantes, derramando miradas desde los balcones, apuntaban idas y venidas para salir después —correvediles, murmuradoras, venenosas— a criticar. “¿Has visto?, otra vez ha venido la barragana ésta”, “La querindonga de Saturnino”, “Aquí tenemos a la última de los Bastardillos. Sí, siguiendo la tradición, ya me entiendes...”, “Y ¡qué ínfulas!, ¡qué aires se gasta, para ser una mantenida!”. El gusto se multiplicaba cuando alguna notaba que Estrella había oído su maledicencia, dejada caer, como si tal cosa, cuando pasaba bajo la ventana.

Al llegar, lo primero que hacía era coger la llave, guardada sobre el marco de la puerta. Nunca había querido tener llave, pese a la insistencia de Saturnino: “no, no, mejor la cojo y la dejo cada vez”. Casi siempre llegaba ella antes. Y casi siempre se iba después que él. Solía despertarse sola, tiempo después de que Saturnino se hubiese marchado, en una casa vacía y algo triste. Recordaba esos despertares como momentos cargados de nostalgia, o teñidos de culpa, o de simple soledad. No sabía muy bien cuál era la sensación, pero no era agradable y no se le iba hasta que se distraía recorriendo las calles, hablando con las dependientas; hasta que volvía a su barrio, hasta que le daba el sol y veía como el aire agitaba las hojas de los olmos junto al almacén de Gómez, que no era de Gómez, sino de Saturnino.

Cuando, al fin llegaba a casa, nunca su madre le preguntaba de dónde venía, ni se quejaba si, por dormir sola, había pasado algo de frío. Esas mañanas, solían dedicarse, en medio de un denso silencio, a colocar los alimentos, —el pan, el aceite y el azúcar; unos arenques o un poco de cecina; fruta, verduras—. Saturnino saldaba su cuenta en el almacén y Gómez era discreto, por la cuenta que le traía. La anciana nada reprocha, nada juzga y nada dice. Pero cree ver en el corazón de su niña que todo lo que hace es por ella, vieja e inútil; y está segura cuando la ve sonreír mientras pela, con sus manos jóvenes y tersas, una manzana rojísima, se la parte y se la va dando, trozo a trozo.

Las ofertas de Saturnino para que Estrella se mudase a la cómoda casa que podía proporcionarle eran frecuentes. Sin duda, todo eran ventajas. Ventajas que ella, al parecer, no apreciaba, pues las insistentes invitaciones que él hacía eran siempre declinadas, con buen talante, pero con firmeza. El argumentario de ambos se repetía cada vez, en un duelo cordial entre el sentido común de Saturnino —“protegerte, cuidarte mejor; comodidades, mi niña; saber de ti a cada instante”— y los sentimientos de ella, apegada al lugar en que había vivido siempre, a la gente que consideraba suya; embargada por un cierto sentido de pertenencia.

A veces, salían al campo, a los vastos despoblados lejos de Gracilla: cerca del Coto, en las arboledas; o en los páramos, más allá de las tierras de labor. Esos días hacían comida campestre —cesta de mimbre, mantel, hogaza de pan fresco— sentados en el suelo, tal vez junto a una encina, y conversaban largamente. Saturnino acostumbraba a contarle historias, que ella escuchaba con los ojos muy abiertos. En una de esas ocasiones, pasaron cerca de la poza del abuelo Fabero.

—¿Nunca van a cerrar ese pozo? Hace horrible —dijo Estrella.

—¿Te he contado que yo intervine en ello? —preguntó Saturnino— El viejo Fabero me pidió que le prestara tres ingenieros de la fábrica para hacer los cálculos. No me pude negar. Supuse que si le llevaba la contraria tardaría más en cansarse del proyecto. Me nombró “Director honorífico de laboreo y túneles del Metro de Gracilla”.

—Recuerdo la chaladura. Los niños íbamos a ver el hoyo a la salida del colegio. Yo tendría unos ocho años.

—¿Tan pocos? Yo tendría venti...

—¡Pasabas de los treinta! —rió Estrella a carcajadas.

—¿Estabas ya huérfana entonces? ¿Había fallecido tu padre? —inquirió él.

—¡Mi padre no falleció! ¡Lo asesinaron! —replicó Estrella, mudando el semblante. Y la magia y el buen humor del momento se habían desvanecido.

A veces eran anécdotas, recuerdos de juventud de Saturnino:

“Se habló mucho de la boda de Alfonso XIII con Victoria Eugenia. Yo era un chaval; diecisiete años tenía. El terrible atentado ácrata. Toda la familia Medrano, con el padre del actual conde a la cabeza, estuvo invitada. ¿Fue en mayo, no? ¿Qué hacías tú?”

“El año de los calores, 1910, creo, yo acabé los estudios y mi padre me llevó a Madrid a ver los toros; fue cuando triunfó en Las Ventas Pedrito Ayala “El Gallo”, ¿te acuerdas? Era de aquí, de El Montejo”.

Y Estrella siempre contestaba riéndose:

—Pero tonto, ¿qué voy a acordarme si no había nacido?

En el piso, Saturnino guarda libros, mapas, revistas. Por matar el tiempo en las largas tardes de lluvia, los hojea y Estrella se sienta en su regazo. Él, entonces, disfruta explicándole las historias que lee, le cuenta quiénes eran aquellos pueblos antiguos y cómo vivían — “¿Antiguos de cuando tú eras niño?”. “No, Estrella, más, mucho más antiguos” —; cómo era Gracilla antes de que ella naciera, apuntando con el dedo sobre un grabado antiguo de la ciudad; el funcionamiento de las máquinas de sus fábricas, de las que muestra un mazo de fotografías sobre las que él añade explicaciones que intenta hacer que ella comprenda. Estrella mira con los ojos grandes y le deja hablar, sonriente, protegida. Son sus mejores momentos con Saturnino.

VI

Paco, el maestro, llegó a Gracilla un día soleado de otoño, concluidos sus estudios de pedagogía en la Universidad Central, para ejercer la profesión de maestro. Bajó, con su sonrisa tímida y su mirada plácida, del moderno coche de línea que recorría la provincia y trató de

absorber, en las primeras bocanadas de aire que aspiró al borde de la carretera, el espíritu de aquella pequeña población en la que le tocó nacer al decidir su padre convertirla en lugar de destierro permanente, pero de la que tanto tiempo llevaba alejado.

Por él, por su padre, había elegido volver a El Montejo, para sostenerle en los trances en que —como decía Paco— “los humores melancólicos se apoderaban de su alma”, sumiéndole en una profunda tristeza que le robaba la iniciativa, la fuerza y hasta las ganas de vivir.

Llegaba lleno de energía, como correspondía a su juventud, decidido a poner en práctica lo aprendido en la Facultad, en la Residencia de Estudiantes, en el ejemplo de compañeros, profesores y amigos, la mayoría vinculados a la Institución Libre de Enseñanza. “Habrà dificultades”, “la oposición no será pequeña”, le habían advertido.

Como el padre de Paco también se llamaba Francisco, la gente, para distinguirlos, empezó a llamarlos Paco *el joven* y Paco *el viejo*. Realmente, casi nadie se atrevía a llamar Paco al afa-ble anciano cuando estaba delante: a él siempre le decían don Francisco, con gran deferencia.

Tantos años de ausencia de Gracilla, le habían convertido en un desconocido, en un forastero. Pero pronto comenzó a atar lazos de afecto. Conoció al padre de Manolo, muy amigo del suyo merced a su común afición bibliófila y compartía con ellos a diario café y tertulia. Escuchaba divertido sus relatos cada tarde —“historias de viejos” las llamaba él, burlón—. Como aquél de cuando juntos celebraron la llegada de la República —“¿La segunda, la primera o la República romana, antes de Cristo?”, preguntaba entonces Paco. “Niño, respeto a las canas”, le respondían—. Aquel 14 de abril revolucionaron la tasca mientras bebían una especie de coñac que se vendía allí —lo más afrancesado que pudieron encontrar— hasta que se cayeron al suelo en pleno canto de La Marsellesa.

A cambio, Paco *el joven* bromeaba sobre su destino en Gracilla:

—¿Sabes qué oí un día decir a Giner? “Que a la escuela rural vayan los mejores maestros y se les pague más alta retribución que a los demás” —citaba, engolando la voz para imitar al patriarca.

—Lo de los mejores maestros, viéndote a ti, no es en serio —replicaba uno, guasón.

—Y lo de cobrar, es en broma —contestaba él. Y el corro de contertulios cerraba la conversación con una carcajada.

No tardó Manolo en sumarse a las reuniones e intimó con Paco, quien tampoco demoró su ingreso en el PSOE y empezó a frecuentar la Casa del Pueblo. Allí, asumió como propia la tarea de organizar las lecturas. Se leían en voz alta los periódicos, tarea nada fácil porque los compañeros, especialmente los de más edad, se excitaban con las noticias, interrumpían, se exaltaban, las discutían: escribían en el aire, a voz en grito, sus propios artículos de opinión. Otras veces se leían libros, como el *Germinal* de Zola que, en agudo contraste, dejaba mudos a los oyentes, esperando expectantes la siguiente frase. En fechas señaladas, se sacaban de su reposo las cartas de Pablo Iglesias, enviadas a los fundadores de la Agrupación de Gracilla, que eran leídas con religiosa reverencia. También enseñaba

a leer a un grupo de aquellos hombres recios, obreros curtidos en el trabajo y en la lucha, que balbuceaban como niños silabeando sus primeras palabras.

Paco *el viejo* había llegado a Gracilla después de la represión de 1875, desencadenada por el Decreto censor de textos y programas que sacudió todo el mundo de la educación en España. Despojado de su flamante cátedra, conseguida a unos precoces 28 años, fue primero encarcelado en el gaditano Castillo de Santa Catalina y después deportado de la capital “a Gracilla, lejos de todo” cuando era sólo un joven catedrático en la Universidad Central, recién instalado en Madrid, lleno de ideales, comprometido con las reformas que apuntaba la Primera República bajo la batuta de Salmerón. El fin de aquel prometedo experimento, la vuelta de la monarquía y de Cánovas marcó el inicio de las persecuciones a los disidentes.

Con un rictus mezcla de dolor y de desprecio, contaba como Orovio había dictado aquel Decreto sobre libros de texto y programas, prohibiendo cualquier enseñanza que atentase contra la doctrina católica y la monarquía. Tuvo que ver entonces cómo sus maestros, hombres a los que quería y admiraba —“¡los que te han educado a ti, haragán!”—, se interrumpía señalando a su hijo— eran despojados de sus cargos y cátedras al negarse a aceptar tal atropello. Y Paco *el viejo* con ellos. El ministro de la Gobernación ordenó la detención de algunos y la deportación de otros.

Días después, mientras estaba en su casa, reunido con unos amigos de la Universidad, se presentaron allí unos agentes del gobernador de la provincia. Paco estaba débil de salud por aquel entonces. Se le había diagnosticado de pleuresía, resultado quizás de una afección catarral mal curada. Con muy malos modos requirieron les acompañase. Al advertirles de su situación, le contestaron que eso no era asunto suyo, que tenían sus órdenes e iban a cumplirlas.

Les rogó que le permitiesen mandar recado a su hermano, para despedirse de él, pero le negaron tal pretensión. Que esperasen a que, por medio de alguno de los presentes, recibiera instrucciones del médico, para prevenir un posible agravamiento de su dolencia. No lo consintieron. Al menos, que le acompañase alguno de sus amigos, pues no tenía fuerza para cargar con el equipaje. Tampoco eso fue posible, tuvo que partir con lo puesto.

De este modo solía narrar Paco *el viejo*, mientras limpiaba sus lentes con un pañuelo, el inicio de su odisea, y todos escuchaban pensando cómo era posible que nadie cometiese un atropello así contra un hombre bueno e inofensivo como don Francisco. Para animarle, alguien decía entonces: “¡Pero así nos encontramos a nosotros, no hay mal que por bien no venga!” y Paco *el viejo* sonreía asintiendo con la cabeza.

Aunque su encierro en el castillo de Santa Catalina duró apenas unos días, a los que siguió el alejamiento forzoso en El Montejo, nunca se recuperó de aquellas humillaciones y no volvió a ejercer públicamente la enseñanza. Y ello pese a que el 3 de marzo de 1881, el nuevo ministro de Fomento con Sagasta, José Luis Albareda, reponía en sus cátedras a los represaliados por el antiguo, el marqués de Orovio. “Perdí la fe en el sistema y, aunque

Sagasta me lo pidió personalmente en una carta, no acepté la restitución”. En realidad, pasó por una profunda depresión que le impidió siquiera pensar en el regreso. Eran los “humores melancólicos” que atenazaban su alma. Se hizo librero y se casó siendo ya bastante mayor, pensando así burlar a la soledad, hermana de la tristeza.

La primera vez que Paco entró en la Escuela sintió una cierta desazón. Salvo un diminuto zaguán a la entrada, con unas perchas para que, quien lo tenía, dejase su abrigo, constaba de una sola aula de regulares dimensiones. La construcción aparentaba ser sólida y el tejado se presumía resistente. Los ventanucos, demasiado pequeños. De calefacción no había rastro. El interior era el de una clase tradicional, con alto estrado para el maestro, un par de armarios algo desvencijados y pupitres de madera. “Habrá que hacer algunos cambios”, se dijo.

Y llegó el día en que había de iniciarse el curso escolar. Acudían los niños, que entraban y se iban sentando en los pupitres. Se miraban unos a otros haciéndose señas. Miraban a Paco y volvían a mirarse entre ellos, cuchicheando. “¿Qué tramarán?”

—Hola. Me llamo Francisco y soy el nuevo maestro.

—Usted no puede ser el maestro: lleva pantalones —se apresuró a observar uno de los veteranos.

“Así que era eso”, pensó sonriendo.

—Sí, yo soy el maestro. Algunas cosas han cambiado y veréis otras muchas cambiar. Ahora los maestros llevan pantalones, como yo, no hábitos religiosos.

Los niños tenían los ojos muy abiertos.

—A todo esto... ¿dónde están las niñas?

—Las niñas no vienen al colegio —respondió el mismo veterano.

—¿Quién dice eso?

—Lo decía el otro maestro, el de los faldones. Porque hay una sola aula.

—Pues mejor. Así no hay disculpa para separaros. ¡Corred todos! ¡Id a buscar a vuestras hermanas!

Salieron como exhalaciones. Trajeron a las niñas. Venían nerviosos ellos y ellas, dando brincos y cantando por el camino de la escuela. Quince niños y nueve niñas formaban la promoción de aquel año. En cuanto hubieron entrado, les propuso ayudarle a hacer un trabajo. Entre todos formaron un círculo con las mesas, incluyendo la del maestro. Con las maderas del venerable estrado hicieron astillas. Las guardaron para el invierno. Su destino sería ser quemadas en una vieja estufa de fundición que pensaba traer de algún sitio.

Paco adquirió la costumbre de preparar las lecciones en su mesa, en la misma aula en que impartía su docencia. Solía quedarse hasta tarde. No olvidaba la enseñanza de Giner: “Los maestros tienen que trabajar, no sólo en clase, sino en la preparación de las lecciones mucho más de lo que de ordinario se exige”. Y en ello estaba un día, poco después de empezar el curso, cuando entró en la Escuela don Serafín hecho un basilisco. Sotana, bonete y manteo. Crucifijo al pecho. El rostro, semejante a la grana: azufre y fuego del cielo a punto de descargar. “Llegó el *Dies Irae*”, se dijo Paco.

—¿Qué se cree que está haciendo al juntar niños y niñas en impúdica convivencia? —gritó el clérigo.

—Cumplir la Constitución de la República —repuso él.

—¡Una vergüenza!

—No lo creo así.

—¡Una ignominia, una indecencia y una abominación!

—¿Qué fundamento hay para sus afirmaciones? —se exaltó también Paco— ¡No hay justificación para prohibir en el aula la misma convivencia que uno y otro sexo viven en la familia o en la propia sociedad! ¡Sin duda, así haremos mejores hombres y mujeres!

—¡Paparruchas!

—¡Hechos ciertos!

—¡Para usted, que es un hereje!

—¡Para toda mente racional!

El cura se dio media vuelta y salió por donde había entrado rogando a Dios que enviase a Gracilla su Ángel Exterminador.

Niños y niñas acudirían, pues, juntos a clase. Siete ángeles con sus siete trompetas anunciaron el Apocalipsis desde las altas nubes del cielo monteano. Atronó desde el púlpito la voz de don Serafín: “Obscena cohabitación, ejemplo del cenagal al que nos arrastran los enemigos de Dios y de la Iglesia y precursora de otras degradaciones morales aún peores, preconizadas por un gusano de Ateneo de sesera liberal”. “La coeducación es antimoral, antihigiénica y antinatural”. “Os convoco y animo, católicos todos, a luchar por la fe contra las novedades impuestas por la Demagogia frente las sagradas enseñanzas de la recta doctrina, que sólo buscan inficionar y corromper a la infancia, lejos del propósito de educar, que falsariamente proclaman”.

Los dedos se le crispaban a Balbina entre las cuentas del Rosario oyendo relatar las aberraciones que masones y socialistas cometían en la Escuela de la República. Soñaba desde su reclinatorio, tocada con el negro velo, epopeyas de agravio, Cruzadas imposibles para rescatar Jerusalenes profanadas por los infieles. Apóstola, abanderada, profesora, protomártir de su propia causa, Balbina iba de corro en corro, de tertulia en tertulia, de

salón en salón repitiendo la consigna como un papagayo beatón: “antimoral, antihigiénica y antinatura; antimoral, antihigiénica y antinatura...”, “gusano de Ateneo de sesera liberal...”

A Saturnino, Jacinto y los demás les importaba la moral, pero les preocupaba mucho más “el perjuicio que podía causar la educación a una masa no preparada” y, especialmente, “los efectos conjuntos del sufragio universal y una media instrucción mal entendida, sobre personas que no tenían capacidad de asimilar ni uno ni otra”, como proclamaban solemnes, amargándose quejicosos en sus conciliábulos.

Completamente ajenos a la turbación que causaban en lo más sublime de la sociedad gracillense, niños y niñas avanzaban en su instrucción de la mano de su maestro. Ceños fruncidos hablaban de la concentración que la labor requería, ojos y oídos muy abiertos; trabajo, esfuerzo. A primera hora, aquellos pequeños ciudadanos, que apenas levantaban cinco palmos del suelo, solían recitar pasajes de la Constitución que habían memorizado: “La bandera de la República española es roja, amarilla y morada”. “España renuncia a la guerra como instrumento de política nacional”. “El Estado español acatará las normas universales del Derecho internacional”.

También había que aprender matemáticas. Las cuentas, las ordenadas filas de números, se anotaban, pulcras, con el pizarrín —una especie de punzón— sobre la pizarra de piedra, a veces enmarcada en madera. Palimpsesto, ciencia efímera destinada a sucumbir bajo el trapo que pronto volvería a pulir la superficie para un nuevo uso. Sólo los mayores tenían acceso al papel, la tinta y la plumilla. Una especie de rito iniciático, que convertía a los escolares en veteranos, se producía cuando recibían de manos del maestro los instrumentos de escritura. Los miraban fascinados y se sorprendían viéndose a sí mismos emborronar cuartillas con torpes trazos que pretendían ser caligráficos. No importaba: el paso se había dado. Quienes usaban plumilla habían entrado en una nueva edad, abandonando la infancia primera. Había que verlos, acólitos impecables portando las ofrendas, yendo al botellón de tinta con el tintero en la mano para rellenarlo.

Tal y como le habían enseñado, Paco era enemigo de separar la teoría y la práctica, la descripción y la observación: si en clase exponía, concienzudo, los estados de la materia, no dejaba transcurrir mucho tiempo antes de poner a los niños en situación de experimentar por sí mismos. Los paseos invernales eran ocasión propicia para disfrutar dejando que la naturaleza hablase, que expusiese sus propias lecciones. El agua era vapor en las nubes grises que les envolvían y en el vaho cálido de su respiración; era líquida en los arroyos de escorrentía, que rompían los prados en mosaicos de mil piezas; era sólida en los hielos del camino y en los carámbanos que colgaban por doquier. El frío, sin embargo, no hacía falta explicarlo: lo conocían bien, lo sentían por dentro y por fuera, en el cuerpo apenas abrigado, en los pies mal calzados. No era raro que en aquellas excursiones Paco acabase cediendo su chaqueta a la hermana de Senén o su bufanda al pequeño Marcelo.

En otras ocasiones, con una vela y un vaso invertido, les mostraba cómo la llama consume el oxígeno y se extingue cuando éste se acaba; les proponía la fabricación de un electroimán o les instruía en los misterios del telégrafo.

Las salidas a los alrededores de Gracilla eran frecuentes cuando llegaba la primavera y, con ella, el buen tiempo. Iban al soto, junto al puente que llamaban de San Martín, a dibujar paisajes. Allí pasaban la mañana o la tarde los aprendices de artista usando lápices y pinceles, copiando árboles y montes, el río y el puente. También estudiaban las flores y plantas que veían agrandadas, con gran sorpresa, tras la gruesa lente de una lupa que el maestro sacaba del bolso del pantalón. Por la zona, después de merendar, recogían hojas con las que confeccionar un herbario. Llegados al aula las prensaban entre recortes de papel secante, colocadas bajo una pila de libros.

Cierto día, comenzaron a sucederse quejas de todos los alumnos. Al parecer, la tinta no escribía correctamente, emborronando el papel.

—La tinta se corre toda, no se puede escribir.

—¡La mía también, profesor!

—¡Y la mía!

Varias averiguaciones, pruebas y ensayos.

—¿Alguien tiene alguna explicación? ¿Senén?

Senén mudo. Paco intuyó que otra vía de investigación sería más fructífera.

—Juanín, ¿sabes tú algo?

—No, profesor, nada —colorado.

—¿Por qué me da la impresión de que no dices la verdad, Juan?

Juan mirando al suelo. Rojo, casi escarlata, a punto de ceder a la presión del interrogatorio.

—¿Juan? —Paco elevó el tono.

Y Juan explotó, con lágrimas:

—¡Fue Senén! ¡Yo no hice nada! ¡Fue Senén, que se meó en el botellón de la tinta!

No era difícil calcular que casi la mitad de la energía de Paco se empleaba en controlar y civilizar a este Senén, un trasto rubio de pelo alborotado, con una creatividad desbordante para la travesura y capaz de sembrar el caos por donde pasaba. Sin embargo, su imaginación, su curiosidad y su talento le hacían merecedor de un cariño especial por parte de Paco, que esperaba encontrar para él, finalmente, un campo provechoso en el que aplicar sus capacidades de forma constructiva. Pero el presente era conflictivo:

—¿Dónde está Senén?

—Está malo, profesor, ayer comió un saco de castañas crudas y casi revienta. Estuvo *gomitando* toda la noche —explicó su hermana.

—Vomitando.

—Sí, sí, *gomitando*. Toda la noche.

En otra ocasión:

—No va a venir hoy, cayó del *teja* de casa escapando porque estaba *castigao*.

Otra batalla cotidiana la mantenía con los padres de los chiquillos. A Paco le gustaba ir a sus casas, compartir un rato de charla, hablar de sus pequeños discípulos. Pero, finalmente, tenía que detenerse en el tema del absentismo. Los principales enemigos de la Escuela no eran, aunque lo intentasen, don Serafín o Balbina, sino el trabajo infantil, que mermaba la escolarización de los niños. En cuanto la intensidad de las faenas agrícolas permitía multiplicar la muchedumbre de obreros que llenaban los campos, la escuela se vaciaba de niños y niñas mayores de ocho años: para el trabajo ya eran adultos. Los padres, aunque comprendían, no podían prescindir de los jornales: “hay que comer, señor maestro, lo primero es comer”; “pero Paco, si no tenemos un cacho de pan que llevarnos a la boca, ¿qué va a estudiar la niña?”. Nunca encontró solución, ni respuesta convincente a estos argumentos.

VII

En Gracilla, el tema de conversación preferido de unos eran los otros, y viceversa. Todos eran dados a criticar. También Cloti, que no hallaba reparos en su fe ni contradicción en la moral para dejar de hacerlo. Un nuevo vestido, un desliz en la vida social, un pariente torpe o, como era el caso ahora, una nueva criada en casa de su mejor amiga, eran ocasiones propicias para la maledicencia.

—Y ha metido en casa a trabajar a ésa. Su marido se la come con los ojos. El otro día, cuando estuvimos de visita, no separaba la mirada de sus pechos.

—Pero Cloti...

—No me interrumpas. Obdulia es medio tonta. El sinvergüenza de Jacinto es quien la convenció.

—Cloti, que es mi amigo..

—No me interrumpas. Ese lúbrico quiere sentar una mantenida a su propia mesa. Y la muerta de hambre, claro, le hace el juego. Cómo va a rechazarle. De vivir en un cobertizo a tener habitación y comida caliente. ¡Y en casa de los Fabero, nada menos! Y total, para lo que hace. Seguro que por hacendosa no la han contratado, no. Pero bien mirado, ¿para qué iba a querer Jacinto una criada hacendosa? Le basta que tenga buenas carnes.

—No digas esas cosas, Cloti...

—No me interrumpas. Y la Obdulia se deja convencer. ¡Qué calamidad de mujer! Tenía yo que abrirle los ojos a esa pasmada. ¡Delante de sus narices! ¡En su propia casa!

VIII

Las fiestas en el Casino, que con tanto orgullo presidía Jacinto Fabero, constituían el cúmen de la vida social Montejana. Una pequeña orquesta tocaba para la élite que bailaba en el interior. Mientras tanto, el resto del pueblo se quedaba fuera, agrupándose junto a las ventanas abiertas en las noches de verano y bailaban en la acera y en la plaza.

Gómez, el tendero, era la única pieza discordante en aquel desfile de prohombres. Se colaba en las fiestas, considerándose invitado, y nadie se molestaba en echarle. Mendigaba aquí y allá retazos de conversación, atisbos de saludo que rara vez conseguía, ni siquiera de las mujeres, habituales todas de su establecimiento, acostumbradas a pedirle consejo igual sobre lorzas y guadamecés que sobre especias exóticas.

Se afanaba el pollo en ser reconocido y, cuando creía haber cruzado una mirada con alguien, interrumpía su solitario deambular, sonreía y gesticulaba, alzaba la copa, si tenía una en las manos, saludando impertérrito ante la glacial impasibilidad con que se le ignoraba.

Diálogos verdaderos sólo conseguía entablarlos con los forasteros, para quienes era un perfecto desconocido. Y, siempre, con el nombre de Saturnino por delante: “como dice Saturnino...”, “el otro día, comentaba yo con Saturnino...”.

—¡Cómo! ¿Pero es usted amigo de Saturnino?

—¿Amigos? ¡Amicísimos! Amicísimos desde antiguo —desvariaba Gómez en superlativo.